

Selección TERROR

JOSEPH BERNA

PANICO EN SALTON ROCK


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

300 — La noche del reptil, *Curtis Garland*.
301 — Las brujas deben arder, *Clark Carrados*.
302 — La discoteca macabra, *Ralph Barby*.
303 — Noche tenebrosa, *Lou Carrigan*.
304 — El hombre de la capa roja, *Clark Carrados*.

JOSEPH BERNA

PANICO EN SALTON ROCK

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 305
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 38.090 - 1978
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: enero, 1979

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPITULO PRIMERO

Florence Kennedy atizó el fuego de la chimenea del salón.

En realidad, no hacía falta.

El fuego era magnifico.

Y lo seguía siendo en las próximas horas.

Florence había echado unos cuantos leños, gruesos y secos, apenas unos minutos antes, y habían prendido rápidamente.

La temperatura en el salón, moderno y acogedor, había subido considerablemente.

Eso quería Florence.

Cuanto más caldeada estuviese la habitación, mejor.

Estaban en pleno invierno, y en la comarca de Salton Rock, pueblo del estado de Montana, muy próximo a la frontera canadiense, hacía un frío infernal.

Había que abrigarse muy bien, para salir de casa.

Incluso dentro de ella había que ir con mucha ropa, si no se quería pasar frío.

Y ése era el problema.

Florence quería llevar poca ropa.

De hecho, ya la llevaba.

Tan sólo una falda, descaradamente corta, y un suéter de lana, de cuello alto.

¿Verdad que no es mucho?

Pues a Florence aún le parecía demasiado.

Por su gusto iría sólo en pantaloncitos y sujetador.

Así le hubiera gustado recibir a Allen.

Florence Kennedy sonrió al pensar en la cara que pondría Allen Oland si ella acudiese a abrirle en ropa interior.

Ya se las arreglaría ella para quedarse así, ya.

Y con menos cosas aún, si era necesario.

Allen tenía que caer en sus brazos.

Y caería.

¡Vaya si caería!

Florence, cuyo cabello era largo y rojizo, tenía sólo veinticinco años y poseía un rostro atractivo y sensual.

Tampoco de cuerpo estaba mal.

Pero que nada mal.

Era más bien alta que baja, sus pechos eran firmes y agresivos, tenía las caderas bastante amplias, y unas piernas largas y esbeltas.

De momento, esto último, las piernas, era lo único que podía enseñar, gracias a la cortísima falda.

¿No era una pena que todo lo demás tuviese que quedar oculto, por

culpa del frío?

Florence se decía que sí, y avivó nuevamente el fuego.

En ello estaba, cuando sonó el timbre de la casa.

Florence dio un respingo.

¡Allen!

¡Era Allen Oland!

¡Ya estaba allí!

Florence arrojó el atizador y corrió a abrir.

En efecto, era Allen Oland.

—Hola, Florence —saludó tímidamente el recién llegado, un joven de no más de veintidós años, alto y atlético, de pelo rubio, bien parecido.

—¡Entra, Allen! —rogó Florence, pues el gélido viento le azotó las piernas y la obligó a estremecerse de pies a cabeza.

El joven penetró rápidamente en la casa.

Florence cerró la puerta con prontitud y se volvió hacia él.

—¡Brrrr...! —Se estremeció de nuevo—. ¡Tan calentita que estaba yo en el salón! —dijo, frotándose los muslos vigorosamente.

Mientras lo hacía, miró a Allen.

Lo sorprendió con los ojos fijos en las piernas de ella.

La cosa empezaba bien.

Allen, al darse cuenta de que Florence le había pillado observándole las piernas, tosió nerviosamente y miró hacia el techo.

Qué bobo.

Debió seguir con la vista clavada en los torneados muslos femeninos, que para eso su dueña los exhibía tan generosamente.

Pero Allen Oland era un joven tan tímido...

—Lo siento, Florence —dijo.

—¿Qué es lo que sientes? —preguntó la pelirroja, temiendo que Allen fuera a pedirle disculpas por haberle mirado las piernas.

¡Era capaz, el muy tonto!

—Que te hayas enfriado por mi culpa —respondió Oland.

Vaya, menos mal.

No era el haberle mirado las piernas, lo que sentía.

Florence le sonrió cautivadora mente.

—No digas tonterías, Allen.

—Si yo no hubiese venido...

—Yo te llamé, ¿no?

—Sí, eso es verdad.

—Y tú no pusiste ninguna excusa para venir, pese al intenso frió y al mal estado de la carretera, a causa de las últimas nevadas.

Allen Oland sonrió con timidez.

—¿Por qué iba a poner excusas? No me molestó que me llamaras, Florence. Al contrario, me alegró.

—Eres un gran tipo. Allen.

—Bueno, yo... —Oland bajó la mirada.

—Anda, dame tu chaqueta y pasemos cuanto antes al salón. Verás qué bien se está allí. Hay un fuego espléndido.

Oland se quitó la chaqueta de piel.

Florence la colgó en la percha del recibidor y se cogió familiarmente del brazo del atlético rubio.

—Varaos. Allen.

Lo condujo al salón.

Al entrar en él, Oland dijo:

—Tenías razón, Florence. Qué temperatura tan agradable hay aquí.

—Ven, sentémonos en el diván —indicó la pelirroja, tirando de él.

Se sentaron.

Allen lo hizo de manera que quedara una prudente distancia entre ellos.

Tonto.

No debió dejar ni un centímetro.

Florence estuvo tentada de dar un saltito y pegar su cadera a la de él, pero no lo hizo.

No, no fue porque le pareciera demasiado descarado.

A Florence Kennedy nada le parecía demasiado descarado.

No se pegó a Allen Oland porque tuvo una idea mejor.

Empezó a friccionarse de nuevo los muslos, ahora visibles casi en su totalidad, porque al sentarse, la breve faldita se le había ido muy para arriba.

Por el rabillo del ojo observó al rubio.

El parecía mirar los troncos que ardían en la chimenea, pero no era así.

También Allen sabía mirar por el rabillo del ojo.

—Allen...

El rubio respingó, temiendo haber sido sorprendido de nuevo.

—¿Si, Florence...? —preguntó, sin mirarla, ahora ni siquiera por el rabillo del ojo.

—Tus manos son grandes y fuertes.

Oland se las miró, orgulloso.

—Sí, son dos manazas.

—¿Te importaría friccionarme las piernas?

El rubio casi saltó del diván.

—¿Cómo has dicho? —preguntó, y ahora sí la miró, con los ojos muy abiertos.

Florence le sonrió embaucadoramente.

—Las tengo heladas, y no consigo hacerlas entrar en calor —explicó.

—Tal vez si echaras unas carreritas por el salón... —sugirió Oland.

—Ya lo he pensado, pero no tengo ganas de correr. Anda, no seas malo y fricciónamelas —insistió Florence, y las colocó las dos sobre los muslos de él, recostándose seguidamente en el asiento del diván.

Oland sintió un calor excesivo en la cara.

Y no fue lo único que sintió, pues la faldita de la pelirroja se había ido tan para arriba que el pantaloncito ya asomaba, incitante.

—Florence...

—¿Si, Allen...?

—¿Tú crees que estará bien?

—¿El qué?

—Que yo te friccione las piernas.

—¿Por qué iba a estar mal?

—Bueno, tú eres una mujer casada, y...

—Mi marido no está en casa. Si estuviera, se lo pediría a él. Pero está en Oregon, y no vendrá hasta mañana.

—Sí, ya me lo dijiste por teléfono.

—Lo que te pido no tiene ninguna importancia, Allen. Imagínate que eres masajista y en paz.

—Está bien, lo haré —accedió el rubio.

—Gracias —sonrió Florence.

—Tendré que quitarte las botas.

—Hazlo —autorizó la pelirroja, elevando una pierna.

El pantaloncito asomó más.

Oland le sacó la bota, procurando no mirar hacia allí, y luego hizo lo propio con la otra.

Tras una leve vacilación, empezó a friccionárselas.

—Es de rodillas para arriba donde las tengo frías, Allen... —indicó Florence, al ver que él sólo se las friccionaba de rodillas para abajo—. Sube, hombre, no tengas miedo.

Oland subió.

Poco a poco, pero subió.

Su cara era ya lo más parecido a un tomate maduro.

No se atrevía a mirar a Florence.

La pelirroja contenía a duras penas la risa.

Sabía que Allen era tímido con las mujeres, pero jamás creyó que lo fuera tanto...

Hasta parecía que le temblaban las manos.

—¿Es suficiente ya, Florence...? —preguntó Oland.

—Sí, es suficiente, Allen —respondió la pelirroja, bajando las piernas de las rodillas de él e incorporando el torso.

Oland no había cometido ningún atrevimiento con sus manos, pese a que la ocasión era pintiparada para ello, y Florence estaba segura de que no lo cometería aunque estuviese una hora entera friccionándole los muslos.

—¿Te pongo las botas, Florence?

—No, gracias, Allen.

—¿No se te enfriarán los pies...?

—No, la temperatura aquí es ideal.

—Como quieras.

—¿Te sirvo una copa, Allen?

—Gracias, pero ya sabes que no pruebo el alcohol.

—Oh, sí, lo había olvidado. Eres un deportista, y los deportistas no beben, ni fuman, ni se acuestan con mujeres.

—¡Florence...! —exclamó Oland.

—¿Acaso no es verdad?

—No, no es verdad. No olvides que muchos deportistas están casados.

—Qué desgracia. Para sus mujeres, claro.

—No deberías decir eso, Florence.

—¿Te han molestado mis palabras?

—Bueno, tamo como molestarme...

—Te propongo un juego, Allen.

—¿Qué clase de juego?

—Vamos a hacernos preguntas el uno al otro, cuanto más difíciles, mejor, y el que no responda correctamente, se quita una prenda.

—¿De ropa?

—Sí.

Oland carraspeó.

—Me parece un juego muy atrevido, Florence...

—Todos los juegos atrevidos son divertidos. Empecemos. Yo pregunto primero. ¿Quién inventó el submarino?

—¡Isaac Peral! —respondió Oland.

—¡Correcto! —rió Florence, aplaudiendo—. Ahora te toca preguntar a ti, Allen.

El rubio se acarició la barbilla, mientras pensaba la pregunta.

No quería que fuese muy difícil, para que Florence acertase y no tuviera que quitarse nada.

—Veamos, Florence. ¿Quién fue la actriz que, junto con Gleen Ford, protagonizó Gilda?

—¡Ava Gardner!

Oland dejó escapar un suspiro.

—Lo siento, Florence. Fue Rita Hayworth.

—¡Huy!, es verdad... —la pelirroja se golpeó la frente—. Bien, como mi respuesta no ha sido correcta, tengo que quitarme una prenda.

Sin el menor rubor, se sacó el suéter y quedó en sujetador.

Allen Oland notó que se le secaba la garganta.

Y la verdad es que había motivos para ello, pues la prenda no sólo era reducida, sino transparente, y lo que no se veía, se entreveía sin tener que aguzar lo más mínimo la vista.

Florence Kennedy, siguiendo con el juego, preguntó:

—¿Quién inventó el teléfono?

—¡Buffalo Bill! —contestó Oland, que no sabía ni lo que le habían preguntado, de tan nervioso que estaba.

Florence rompió a reír.

—¿En qué estabas pensando, Allen...? ¡El teléfono lo inventó Alexander Bell, no Buffalo Bill!

Oland se llevó las manos a la cabeza.

—¡Qué fallo tan garrafal!

—¡Venga, quítate algo! —exigió Florence.

Oland se despojó del grueso y vistoso jersey, quedando en camiseta.

—¿No tienes frío, Florence...?

—No. ¿Y tú?

—Tampoco.

—¡Hale!, preguntas tú.

Oland pensó una pregunta más fácil aún que la anterior.

—¿Cuál es la capital de Argentina?

—¡Caracas! —respondió Florence, sin titubear.

Oland movió la cabeza en sentido negativo.

—Buenos Aires.

—¡Ay!, me confundí con la capital de Venezuela... En fin, otra prenda fuera —suspiró la pelirroja, como muy re signada, y se sacó la faldita.

A Allen Oland se le secó la garganta del todo, porque el pantaloncito hacía juego con el sujetador, y no sólo en el color.

También en el tamaño y en la transparencia del tejido.

Florence Kennedy preguntó:

—¿Quién creó a Sherlock Holmes?

—¡Caballo Loco! —respondió el rubio, más nervioso aún que antes.

Florence volvió a reír alegremente.

—¡Tú sí que estás loco, Allen! ¡El creador de Sherlock Holmes, fue Arthur Conan Doyle, así que fuera los pantalones!

Oland tosió.

—Prefiero quitarme la camiseta —dijo, y se la quitó, dejando al descubierto su musculoso tórax.

Florence pareció comérselo con los ojos.

—Pregunta. Allen —pidió, con ansiedad.

Oland le hizo la pregunta más fácil que conocía:

—¿Quién descubrió América?

—¡Napoleón Bonaparte!

—¡Correcto! —exclamó el rubio, al ver que Florence ya se llevaba las manos al cierre del sujetador.

Por un instante, Florence quedó desconcertada.

—¡No, la respuesta no es correcta, Allen! ¡Fue Cristóbal Colón quien descubrió América!

—¿Y por qué no lo dijiste, si lo sabías?

—¡Porque me confundí!

—¡No, Florence! ¡No te quites el sujetador! —suplicó Oland, al ver que las manos de la pelirroja iban de nuevo hacia el cierre de la prenda intima.

—¡He fallado y tengo que quitarme una prenda!

—¡Quítate una media! —sugirió el rubio.

—¡Yo me quito lo que quiero!

—¡Si te quitas el sujetador, me voy!

—¡De cabeza a mis brazos!

—¡Eso! ¡Digo no, de la casa!

—¡No seas idiota!

—¡Que tienes marido, Florence!

—¡Pero me tiene muy abandonada!

—¡Florence...! —gritó Oland, porque la pelirroja ya se había desabrochado la prenda.

Sin embargo, no llegó a quitársela.

Acababa de escuchar un ruido.

—Allen... —susurró, los ojos fijos en la puerta del salón.

—¿Qué ocurre? —preguntó el rubio, mirando también hacia allí.

—Hay alguien en la casa.

—¿Qué...? —respingó Oland.

—Escuché un leve ruido. ¿Tú no?

—No, yo no he oído nada.

—Pues hay alguien, Allen.

—Será mejor que nos vistamos, Florence —dijo Oland, atrapando su camiseta.

En el instante en que iba a ponérsela, escuchó un gruñido.

Sordo.

Escalofriante.

Oland interrumpió su movimiento y contuvo la respiración.

—¡Allen! —pronunció Florence, con voz estrangulada por el pánico, al tiempo que clavaba las uñas de su mano derecha en el robusto brazo del rubio.

La puerta se abrió de golpe, con gran violencia, y un ser espeluznante apareció en el hueco de la misma, fiero y amenazante.

El chillido de horror que lanzó Florence Kennedy ensordeció a Allen Oland.

Y aún chilló con más fuerza cuando vio que el alucinante ser se lanzaba sobre ellos.

CAPITULO II

Howard Forrest, teniente de policía, perteneciente a la comisaría de Wallace, la ciudad más próxima a Salton Rock, quedó terriblemente impresionado al descubrir los cadáveres de Allen Oland y Florence Kennedy.

Lo mismo les ocurrió al resto de las personas que junto con él se habían desplazado a Salton Rock, con la misión de esclarecer el caso.

Ciertamente, no era para menos.

Los cuerpos de las victimas aparecían horriblemente destrozados, como si una manada de lobos hambrientos se hubiese lanzado sobre ellos.

Sí.

Parecían haber sido muertos a zarpazos y a dentelladas.

La lucha, desde luego, debió ser feroz, pues el desorden en el salón era absoluto.

La totalidad de los muebles yacían tirados en el suelo, algunos de ellos destrozados, y había manchas de sangro por todas partes.

Howard Forrest, treinta y un años de edad, 1,86 de estatura, hombros robustos, tez morena, de facciones rudas, pero agradables, cerró un instante los ojos y murmuró:

—Qué monstruosidad. Dios mío.

El sargento Drescher, fiel ayudante de Forrest, un tipo de unos veintisiete años, alto, delgado, pero fuerte, de pelo rubio y rostro travieso, se llevó una mano a la boca.

—Siento unas náuseas terribles, teniente... —informó, muy pálido.

—También yo —dijo Willie Parks, el fotógrafo de la comisaría de Wallace, un sujeto de estatura corriente, regordete, que frisaba en los treinta y cinco años de edad.

Estaba tan pálido como Bill Drescher.

—Hasta yo las siento —confesó Gregory Johnson, médico forense, de cuarenta y dos años de edad, bajo y delgado.

Los cuatro hombres permanecieron quietos y callados en el umbral del salón durante un par de minutos.

El teniente Forrest rompió el silencio, preguntando:

—¿Qué cree que pasó aquí, Johnson?

El médico forense se echó el sombrero hacia atrás con el pulgar diestro.

—No tengo ni idea, teniente. En mi vida había visto una cosa igual. Y cuidado que yo he visto cosas...

—Tampoco yo había visto nada semejante —dijo Parks, el fotógrafo.

—Se diría que una horrible bestia salvaje cayó sobre ellos por sorpresa y los destrozó con sus poderosos dientes... —comentó el sargento Drescher.

Howard Forrest suspiró.

—Bien, habrá que empezar a trabajar, por desagradable que resulte.

—Sí, no hay más remedio —asintió Gregory Johnson, y penetró en la estancia, portando su maletín en la mano izquierda.

Willie Parks le siguió, cámara fotográfica en ristre.

El teniente Forrest indicó:

—Revisa la habitación, Bill, a ver si encuentras algo que nos dé una pista. Yo, mientras tamo, interrogaré a Van Kennedy.

—Sí, teniente...

Forrest esperó a que Drescher entrara en el salón y luego fue en busca de Van Kennedy, el esposo de la infortunada Florence.

Estaba en el recibidor, materialmente derrumbado sobre una de las sillas, el rostro pálido y demacrado, los ojos húmedos y enrojecidos...

Era un tipo joven, de no más de veintiocho años de edad, estatura media, más bien delgado, pelo castaño y facciones correctas.

Forrest extrajo sus cigarrillos y ofreció la cajetilla al abatido Van Kennedy.

Este rechazó la invitación con un leve movimiento de cabeza.

Forrest se guardo los cigarrillos, sin encender tampoco él ninguno, y se sentó junto a Kennedy..

—Sé cómo se siente usted, señor Kennedy, pero tengo que hacerle algunas preguntas.

—Es muy poco lo que yo puedo decirle, teniente Forrest. Llegué de Oregon casi al mediodía, dejé el coche en el garaje, entré en la casa, fui al salón, esperando encontrar allí a mi esposa, y... Imagínese usted. Creí volverme loco de horror. Por dos veces estuve a punto de desmayarme, pero logré sobreponerme, alcancé el teléfono, y llamé a la comisaria de Wallace.

—¿Tiene usted idea de lo que pasó aquí, señor Kennedy?

—No, no sé qué pudo suceder... Sólo sé que Florence está muerta, y que sufrió la peor de las muertes. También Allen está muerto...

—Hábleme de ese Allen —rogó Howard Forrest.

—Era un buen muchacho. Vivía en el pueblo. Noble, educado, tal vez un poco tímido... todo el mundo le apreciaba.

—Debía ser muy fuerte, ¿verdad?

—Oh, sí, mucho... Practicaba la halterofilia. Y era un buen jugador de rugby.

—¿Tenía familia?

—Su padre falleció hace tres años. También era una excelente persona. Su madre ya era otra cosa. A los pocos meses de enviudar, se largó con un tipo que pasó por Salton Rock, dejando solo a Allen. Este, muy de tarde en tarde, recibía alguna carta de su madre. Ella y el tipo con el que se marchó viven en California, creo.

—¿Se casaron?

—No, creo que no.

—¿Solía venir Allen por aquí?

—No.

—¿Sabe por qué vino anoche?

—No, no lo sé.

—¿Sabía su esposa que usted no volvería de Oregón hasta hoy?

—Sí, la telefoneé ayer tarde y se lo dije.

—¿No llamaría ella a Allen?

Van Kennedy frunció el ceño.

—¿Por qué iba a llamarle?

—No sé... Tal vez para que le hiciera compañía Esta casa está a varios kilómetros del pueblo, y una mujer sola...

—Hay varias casas distanciadas del pueblo, teniente, no es ésta la única. Y Florence era una chica valiente. No le asustaba quedarse sola en casa. Estaba acostumbrada, pues yo viajo bastante, a causa de mi trabajo. Además, no lejos de aquí, está la casa de Alice Barton, una amiga de Florence. Se telefoneaban y se visitaban bastante a menudo.

—¿Está casada esa Alice? —preguntó Forrest.

—No, es soltera.

—Vivirá con algún familiar, supongo.

—Bueno, vivía con su madre, pero ésta falleció hace un año. Al quedarse sola, todos pensamos que Alice vendería la casa y se iría a vivir al pueblo, pero nos equivocamos. Alice tampoco tiene miedo de nada.

—¿Cuántos años tiene?

—Veintitrés, creo.

—¿Y sabe ya que Florence y Allen...?

—No, nadie lo sabe, excepto ustedes. No me he movido de casa ni he telefoneado a nadie. No me encuentro con fuerzas...

—Comprendo.

—¿Averiguarán ustedes lo que pasó, teniente?

—Haremos lo posible, señor Kennedy. Aunque no le oculto que la muerte de su esposa y de ese joven tiene tanto de horrible como de extraña, y presiento que vamos a tener muchas dificultades para esclarecer el caso.

Los ojos de Van Kennedy brillaron.

—Tienen ustedes que descubrir al autor de este doble y atroz crimen, teniente Forrest. Quiero que lo atrapen, que lo juzguen, y que lo condenen a muerte.

Howard Forrest se pellizcó la barbilla.

—No sé si eso último será posible, señor Kennedy.

Van Kennedy arrugó el entrecojo.

—¿Por qué no?

—A primera vista, al menos, no parece que el autor de los crímenes sea un ser humano.

—¿Qué quiere decir?

—Pues, que más parece obra de alguna fiera salvaje.

—Las únicas fieras salvajes que existen en esta región, son los lobos.

Pero ellos no lo hicieron.

—¿Por qué está tan seguro?

—No suelen acercarse a las casas. Y, aunque alguno de ellos lo hubiese hecho, no hubiera podido entrar en la casa.

La puerta siempre está cerrada, y un lobo no sabe abrirla. Tendría que haberla forzado, y eso, además de ocasionar un ruido considerable, deja huellas. Y la puerta, puede comprobarlo, si quiere, no tiene un solo arañazo. Además estaba cerrada cuando yo llegué. Un lobo grande y poderoso es capaz de forzar una puerta como ésta, lo sé, pero jamás podría cerrarla. No, teniente Forrest, no... El doble crimen lo cometió alguien que sabe cómo abrir y cerrar una puerta silenciosamente, y para eso hacen falta un par de manos hábiles, y los lobos no tienen manos, tienen patas. El asesino, no le quepa duda, es un hombre, teniente.

—Quizá el responsable de ambos crímenes sea un hombre, efectivamente, pero me resisto a creer que él los cometiera. Planearlos, sí, pero llevarlos a cabo, no.

Van Kennedy enarcó las cejas.

—¿Está usted insinuando, teniente Forrest, que alguien pudo traer hasta aquí un lobo, meterlo en la casa, esperar a que cometiera los crímenes, y cerrar la puerta, cuando el animal salió...?

Howard Forrest asintió con la cabeza.

—Un lobo,.., un gran perro salvaje..., o cualquier otra fiera.

El marido de la desdichada Florence quedó pensativo.

Forrest preguntó:

—¿Sabe de alguien que odiase a su esposa, señor Kennedy?

Van Kennedy le miró de un modo muy raro.

—¿Odiar a Florence...?

—Sí.

—¿Quién podía odiarla, si era una mujer encantadora? Hermosa, alegre, cariñosa... Al igual que Allen Oland, sólo tenía amigos. No, nadie podía odiar a Florence, teniente.

—¿Tampoco usted tiene enemigos, señor Kennedy?

—Ninguno, que yo sepa. Siempre me he portado bien con todo el mundo.

Howard Forrest se puso en pie.

—Es todo por ahora, señor Kennedy. Voy a ver si el sargento Drescher ha encontrado alguna pista.

—Sí, vaya...

El teniente Forrest se encaminó hacia el salón.

CAPITULO III

Alice Barton se hallaba en la cocina, mondando unas patatas, cuando llamaron a la puerta.

Alice dejó el cuchillo y la hermosa patata que tenía en las manos en la reluciente olla y acudió a abrir.

Era una joven de rostro bonito y figura esbelta, pelo rubio y centelleante, que le caía suavemente sobre los hombros. Sus ojos, de retinas azules, eran grandes y rasgados, muy hermosos. Sus labios, ni gruesos ni delgados, estaban bien dibujados.

Vestía un grueso jersey de lana blanco, con un gran rombo rojo en el pecho, pantalones de pana, color crema, y altas botas de piel, marrones.

Al abrir la puerta, se encontró a un hombre alto y fuerte, moreno, que se protegía del frío con un largo chaquetón de cuero, forrado de piel de cordero.

—¿Alice Barton? —preguntó el visitante, con amabilidad.

—Sí, yo soy —asintió la joven, observando con curiosidad al robusto personaje.

Este se metió la mano en el bolsillo del chaquetón y extrajo una placa de policía, la cual mostró a Alice, diciendo:

—Soy el teniente Howard Forrest, de la comisaría de Wallace.

Alice Barton no supo disimular su sorpresa.

—Un teniente de policía... —murmuró.

Forrest se guardó la placa y luego se frotó las manos, desprovistas de guantes.

—¿Me permite pasar, señorita Barton? Aquí afuera no hace calor, precisamente...

—Oh, disculpe. Pase usted, teniente Fo... ¿Cómo dijo que se llamaba?

—Forrest: Howard Forrest —respondió el policía, penetrando en la casa.

Alice cerró la puerta e indicó:

—Pasemos al living, teniente Forrest. Tengo un buen fuego en el hogar.

—Gracias, señorita Barton.

Alice condujo al teniente Forrest al living, donde, en efecto, hacía una temperatura muy agradable.

Tan agradable, que Forrest rogó:

—¿Me permite que me quite el chaquetón?

—Por supuesto —sonrió Alice.

Tenía una sonrisa suave y dulce, realmente encantadora.

Howard Forrest se dio cuenta de ello, mientras se despojaba del chaquetón.

También se dio cuenta de otras cosas.

Por ejemplo, que bajo el grueso jersey de lana se escondían unos senos redondos, altos, bellos, bajo el ceñido pantalón de pana, unas caderas de sugestiva curva y unos muslos largos y estilizados, maravillosamente perfectos.

—Déme su chaquetón, teniente —rogó Alice, extendiendo sus manos hacia él.

Unas manos pequeñas y cuidadas, de rosada piel.

Forrest le entregó el chaquetón, procurando, disimuladamente, rozar las manos femeninas.

Lo consiguió.

Eran tibias y suaves.

Forrest se dijo que sería una delicia recibir caricias de unas manos tan delicadas como aquéllas.

Alice dejó cuidadosamente el pesado chaquetón sobre un sillón y señaló el cómodo sofá.

—Siéntese, teniente Forrest.

—Usted primero, señorita Barton —repuso cortésmente el policía.

—Gradas —sonrió de nuevo Alice, y se sentó en el sofá.

Forrest lo hizo un par de segundos después.

—¿Le apetece beber algo, teniente?

—Se lo agradezco, pero estoy de servicio, y los policías sólo bebemos cuando no lo estamos.

—Perdone, lo había olvidado.

—Oh, no se disculpe. En realidad, no me vendría mal un trago. Hace tanto frío... —dijo Forrest, pensando que a la atractiva joven le haría bien beber algo fuerte, cuando él le comunicara la espantosa muerte de Florence Kennedy y Allen Oland.

—Tengo un aguardiente capaz de hacer cantar ópera a un muerto —informó simpáticamente Alice—. ¿Qué le parece si le sirvo un dedito? Si se lo toma en plan medicinal, para combatir el frío, no creo que...

—¿Me promete no decírselo a nadie, señorita Barton?

—¿Que ha bebido usted estando de servicio?

—Sí.

—¡Mi boca será una tumba, teniente!

—Entonces, venga ese dedito de aguardiente —aceptó Forrest.

—¡En seguida!

Alice se levantó del sofá y se acercó al mueble-bar.

Al ver que sólo cogía una copa, Forrest preguntó:

—¿Es que no piensa beber conmigo, señorita Barton...?

Alice le miró por encima del hombro.

—Bueno, es que yo no suelo...

—Aunque sólo sea por cortesía, debe usted acompañarme.

—¿Adónde? —pestañeó la muchacha.

Forrest rió.

—Beber conmigo, quiero decir —aclaró.

—¡Oh!, qué equivoco tan divertido —rió también Alice.

—Si no lo hace, no tendré más remedio que rechazar su invitación —advirtió Forrest, sonriente.

—Está bien, también yo me pondré un dedito de este «resucita-muertos». Pero si se me sube a la cabeza, sepa que usted tendrá la culpa.

—Sería divertido, ¿no cree?

—¡Seguro! Cuando una mujer se pone «chispa», dice y hace muchas tonterías.

Alice escanció aguardiente en las copas y regresó al sofá.

—Gracias, señorita Barton —sonrió Forrest, aceptando la copa que le ofrecía la muchacha.

—Ande, pruébelo, a ver qué le parece —pidió Alice.

Forrest tomó un sorbo.

Apenas ingerido el licor, dilató los ojos, abrió la boca de par en par, y exclamó:

—¡Aaaahhhh...!

—¡Oiga, se diría que le ha quemado la garganta! —rió Alice.

—¿Quemado...? ¡Me la ha derretido!

—¡Vamos, no sea exagerado!

—¿Hay Cuerpo de Bomberos en Salton Rock, señorita Barton?

—No, lo siento.

—¿Y quién me apaga el fuego que me arde en la garganta?

—Si quiere, voy por una manguera.

—Bastará con que traiga un sifón.

Alice Barton rió de nuevo.

—¿Sabe que es usted un tipo muy simpático, teniente?

—Los delincuentes que detengo no opinan lo mismo.

—A propósito de delincuentes... ¿Sospecha que yo soy una delincuente? ¿Ha venido a detenerme? ¿Piensa llevarme esposada? —bromeó la joven.

La sonrisa de Howard Forrest se enfrió.

—No, claro que no.

—¿A qué ha venido, entonces?

Forrest, serio ya, anunció:

—Tengo que darle una mala noticia, señorita Barton. Alice también se puso seria.

—¿De qué se trata, teniente?

—De su amiga Florence Kennedy.

Alice empezó a ponerse pálida.

—¿Qué le ha sucedido?

—Ha muerto. Y Allen Oland, también.

La copa que sostenía Alice resbaló de su mano y se estrelló contra el suelo, desparramando su contenido.

—Florence muerta... —musitó, sin apenas voz.

—Sí.

—Y Allen...

—Sí.

—¿Cómo... cómo sucedió?

Howard Forrest se lo contó.

La palidez de Alice Barton se tornó alarmante.

Se tambaleó en el sofá, como si estuviera a punto de desmayarse.

Forrest le rodeó los hombros con su brazo izquierdo y la atrajo hacia sí.

—Beba, señorita Barton —pidió, colocándole su copa en los temblorosos labios.

Alice abrió la boca y permitió que el teniente Forrest le echara en ella el aguardiente que quedaba en la copa.

La reacción del fuerte licor no se hizo esperar.

Alice comenzó a toser.

Con fuerza.

Bien.

Mejor era eso que un desmayo.

Las violentas convulsiones torácicas tuvieron, además, la virtud de devolverle el color.

Incluso con exceso.

Mejor, también.

Le favorecía más tener la cara colorada como una piruleta de fresa que blanca como la cal.

Forrest le dio unas palmaditas a la espalda.

—Vamos, vamos...

Alice logró dominar por fin el golpe de tos y, con los ojos llorosos y la voz quebrada, dijo:

—Ya... ya pasó, gracias...

—Espere, no hable todavía —aconsejó Forrest, poniéndole un dedo sobre los labios—. Puede volverle la tos.

Alice asintió con la cabeza.

Como Howard Forrest seguía rodeándole los hombros con su fuerte brazo, la joven apoyó la cara en el pecho de él, ancho y repleto de músculos duros como el acero.

El policía la estrechó cariñosamente.

El seno derecho de la muchacha quedó pegado al tórax masculino, y Forrest pudo percibir tanto su dureza como el calor que emanaba de él.

Howard Forrest, pese a que ya había pasado de los treinta, y había tenido bastantes mujeres en sus brazos, vestidas, poco vestidas, y nada vestidas, sintió algo distinto al contacto de aquel seno firme y cálido.

Inconscientemente, su brazo se cerró más y Alice Barton quedó más pegada a él.

Forrest percibió entonces el contacto del otro seno y la extraña sensación de antes se acentuó.

Extraña, sí; pero muy agradable.

El policía se alegró de haberse despojado del chaquetón al entrar en el living. Con él, apenas hubiera sentido nada.

Alice Barton, que tampoco debía sentirse muy mal en los vigorosos brazos masculinos, pues no hizo absolutamente nada por evitar ser estrechada por ellos, levantó la cabeza y miró a Howard Forrest.

—¿Puedo hablar ya, teniente?

—Sí, ya puede hacerlo —respondió el policía, con una leve sonrisa.

—Gracias por haberme hecho beber su aguardiente. De no ser por eso, me hubiera desmayado.

—Sabía que el «resucitamuertos» la reanimaría.

—Lo malo es que casi me ahoga...

—Aquí estaba yo, para impedirlo.

—Gracias de nuevo, teniente.

—¿Se encuentra con ánimos de responder a unas preguntas?

—Sí, creo que sí. Puede soltarme.

Forrest retiró su brazo y la joven se separó de él.

—¿Qué quiere saber, teniente? —preguntó Alice, retirándose el rubio cabello con las manos.

—¿No oyó usted nada anoche, señorita Barton?

—No, no oí nada.

—¿Está segura? Entre las ocho y las nueve, aproximadamente.

—Entre las ocho y las nueve...

—Sí. Haga memoria, por favor. Puede ser importante.

Alice Barton se mantuvo casi un minuto en actitud pensativa.

De pronto, levantó la cabeza y dijo:

—Sí, sí oí algo... Aunque no sé si lo que oí tendrá alguna importancia para usted, teniente.

Forrest la cogió por los hombros, demostrando con ello que le resultaba difícil dominar su ansiedad.

—¿Qué oyó, Alice? —incluso la llamó por su nombre.

—Aullidos de lobo.

Forrest respingó.

—¿Aullidos de lobo...?

—Sí. Pero en esta época del año, son frecuentes. Con las nieves, los lobos abandonan la montaña, aunque no suelen aproximarse demasiado a las casas. Casi todas las noches se oyen aullidos. Los de anoche, sin embargo...

—Continúe, Alice —rogó Forrest, al ver que la muchacha se interrumpía.

—Eran extraños.

—¿Extraños?

—Sí, distintos a los de otras noches. Precisamente a esa hora que

usted ha dicho, teniente. Entre las ocho y las nueve.

—¿En qué se diferenciaban esos aullidos de los otros, Alice? —interrogó Forrest, nervioso.

La joven se mordió el labio inferior.

—No sé cómo explicarlo... Era como si... como si los lobos estuviesen nerviosos, como si tuviesen miedo de algo... ¡Sí, eso es! —exclamó, contenta de haber hallado el modo exacto de definirlo—. ¡Anoche, entre las ocho y las nueve, los lobos parecían tener miedo de algo o de alguien!

CAPITULO IV

—Miedo de algo o de alguien... —repitió quedamente Howard Forrest.

—¿Fueron asesinados Florence y Allen entre las ocho y las nueve? —preguntó Alice Barton.

—Eso afirma el forense.

—¿Y cree usted, teniente, que lo que yo le he contado de los lobos, puede tener alguna relación con...?

—Sin lugar a dudas —asintió Forrest—. Los animales olfatean el peligro como nadie. Esos lobos adivinaron la proximidad de una fiera salvaje mucho más poderosa que ellos. Incluso puede que llegaran a verla. De ahí su nerviosismo y su temor.

Alice Barton parpadeó.

—¿Una fiera salvaje, mucho más poderosa que los lobos...?

Forrest cabeceó.

—Así es, Alice. No se lo he dicho antes para no aterrorizarla, pero Florence y Allen no fueron asesinados por un ser humano, ruin y desalmado, sino por una bestia de agudos colmillos y afiladas garras.

El color huyó nuevamente de las mejillas de la muchacha.

—¿Co... cómo lo sabe? —musitó.

—El estado de los cuerpos de Florence y Allen, totalmente destrozados, con desgarros tan profundos en la carne, que en algunos casos dejaban el hueso al descubierto, ya hacía sospechar que no había sido obra de un ser humano, sino de un animal salvaje, grande y poderoso. La posterior investigación confirmó nuestras sospechas. Entre los dedos de Allen y Florence, el forense encontró unos pelos tan fuertes que más parecían cerdas. Son de color pardo oscuro y no hay duda de que pertenecen a la bestia que les atacó y destrozó. El informe del laboratorio nos confirmará que esos pelos no pertenecen a un ser humano, estoy absolutamente seguro.

—¡Qué horror! —gimió Alice, cubriéndose el rostro con ambas manos.

Forrest se las retiró delicadamente.

—Haga un esfuerzo por sobreponerse, Alice. Tengo que hacerle más preguntas.

La joven, que había cerrado los ojos, los abrió y le miró.

—¿Más preguntas?

—Sí. Tenemos ya casi la certeza de que fue una fiera salvaje la que acabó con Florence y Allen, pero aún nos falta averiguar si esa fiera actuó por su cuenta o cumplía órdenes de alguien.

Alice abrió la boca.

—¿Ordenes de alguien...?

—Cuando Van Kennedy llegó a casa este mediodía, la puerta estaba

cerrada, y ésta no presentaba señales de haber sido forzada. No tiene ni el más leve rasguño. Lo mismo ocurre con las ventanas. Resulta difícil creer que una bestia salvaje, por muy inteligente que sea, pueda abrir y cerrar la puerta de una casa como un ser humano, es decir, haciendo girar el pomo de la misma. Esto es lo que nos hace sospechar que la fiera llegara acompañada de su dueña, el cual le abrió la puerta para que pudiera entrar en la casa sin armar ruido y sorprender a las víctimas. Cuando la bestia concluyó su tarea, salió de la casa y su amo cerró la puerta, alejándose seguidamente los dos.

—¡Eso no es posible, teniente!

—¿Por qué?

—¡Es demasiado fantástico! Además, según su teoría, ¡Florence y Allen fueron asesinados deliberadamente!

—Sí.

—¿Quien iba a querer matar a Florence y a Allen?

—Según Van Kennedy, nadie. Por eso he venido a verla a usted.

—Yo le digo lo mismo que Van Kennedy, teniente. Nadie tenía motivos para asesinar a Florence y Allen.

—Quiero que me hable usted de Florence. Y de Allen, también. Lo que me dijo Van Kennedy sobre ellos, no concuerda con la realidad.

—¿Que fue lo que le dijo Van? —preguntó Alice.

—Según él, Allen Oland era un buen muchacho. Noble, educado, algo tímido...

—Bastante tímido. Especialmente, con las mujeres —puntualizó Alice—. Pero era una excelente persona, incapaz de molestar a nadie.

—Ya.

—¿Y qué le dijo Van de Florence?

—Que era una mujer encantadora. Hermosa, alegre, cariñosa...

—Es cierto, también —confirmó Alice.

—¿Cariñosa sólo con Van... o con alguien más?

El rostro de Alice Barton denotó asombro.

—¿Qué está insinuando?

—Que es muy posible que la encantadora Florence se la estuviese pegando a su marido, aprovechando las frecuentes ausencias de este.

—¡Teniente Forrest!

—¿Sabe cómo iba Florence, cuando la fiera salvaje les atacó?

—¿Cómo?

—En pantaloncitos y sujetador. Y Allen estaba con el torso desnudo.

El estupor de Alice era evidente.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó, casi sin voz.

Forrest explicó:

—El suéter de lana, la corta falda, y las botas de Floren ce, yacían en el suelo, con algunas manchas de sangre, como casi todo, pero estaban intactos. En cambio, los pantaloncitos y el sujetador estaban hechos trizas. En cuanto a Allen, su jersey y su camiseta yacían igualmente en el suelo,

manchadas de sangre, también, pero enteros. El pantalón y el «slip», en cambio, absolutamente desganados. Como verá, es fácil llegar a la conclusión de que los dos estaban semidesnudos cuando el animal irrumpió en el salón, pues sólo algunas de las prendas, las que conservaban, resultaron destrozadas por la bestia salvaje. Y no hace falta ser un lince para adivinar qué estaban haciendo, tan ligeros de ropa...

Alice bajó la mirada.

—Me cuesta creer que...

—Comprendo que le cueste admitirlo, porque Florence era su amiga, pero las evidencias son rotundas. Van Kennedy estaba en Oregon, y no volvería hasta hoy. Florence y Allen sabían que no podían ser sorprendidos por él, y decidieron pasarlo bien. Desgraciadamente para ellos, no lo pasaron bien, sino mal, terriblemente mal...

Alice miró al policía.

—¿Se lo dijo usted a Van?

—¿Lo de que su mujer y Allen...?

—Sí.

—No, no le he dicho nada.

—¿Porqué?

—¿No lo comprende, Alice? Si Van Kennedy sabía que su mujer le engallaba con Allen, ya tenía un motivo para desear matarlos a los dos.

—¡Oh, no! —Exclamó la joven, sacudiendo la cabeza con energía—. ¡Van no pudo cometer un acto tan monstruoso!

—Ya le he dicho antes que los crímenes los cometió una bestia salvaje, pero es posible que cumpliendo órdenes de su amo.

—¡Pero si Van no tiene ni siquiera un perro...!

—No estoy diciendo que Van Kennedy sea el amo de ese animal asesino, pero cabe la posibilidad de que él pagase a alguien para que asesinara a su fiel esposa y a su amante. Y, ese alguien, sí puede tener una bestia sanguinaria, que asesine por él...

Alice Barton se llevó las manos a las sienes.

—Mi cabeza va a estallar... —dijo, cerrando los ojos.

—Me hago cargo —repuso Forrest

—Me resisto a creer que Van sea el responsable de la horrible muerte de Florence y Allen.

—Bueno, tal vez no lo sea. Esto no es más que una hipótesis, y caben algunas más.

—¿Por ejemplo...?

—Que el amo de esa bestia criminal sea un perturbado mental, y la llevara a la casa de los Kennedy como pudo haberla traído aquí o a otra casa cualquiera.

Alice se estremeció.

—Me asusta usted, teniente...

—No era ésa mi intención, se lo aseguro. Usted me preguntó por otras

hipótesis, y yo...

—Sí, claro.

—En cualquier caso, creo que lo más prudente es que usted se traslade a Salton Rock y se quede allí hasta que todo esto se aclare.

—¿Me pide que abandone mi casa...?

—Sólo por unos días.

Alice dijo que no con la cabeza.

—Yo me quedo aquí, teniente.

—Sea razonable, Alice.

—No, no abandonaré mi casa.

—Pero, es que vive usted sola, y...

—No se preocupe por mí, teniente Forrest. En cuanto se marche usted, echaré el cerrojo de la puerta y me aseguraré de que todas las ventanas están bien cerradas por dentro. Nadie podrá entrar en la casa. Dispongo, además, de una magnífica escopeta.

Era de mi padre. No es que yo sea una excelente tiradora, pero, llegado el caso, sabría usarla. Y no creo que fallara los disparos.

Howard Forrest sonrió.

—Me gustan las mujeres valientes, pero no tanto.

—¿Y por qué tengo que gustarle yo a usted? Con que le guste su esposa, ya es suficiente.

—Yo no tengo esposa.

—¿Es soltero? —pareció alegrarse Alice.

—Sí.

—Caramba, qué sorpresa...

—¿Qué tiene de sorprendente? Hay miles de hombres solteros en el mundo.

—Claro. Y de mujeres también. Más aún.

—Así es.

—Pero es que usted no tiene cara de soltero, teniente...

—¿Ah, no? ¿Y de qué tengo cara?

—De hombre amante del hogar, de la esposa, de los hijos...

Forrest volvió a sonreír.

—Lamento decepcionarla, Alice, pero no soy amante de nada de eso.

—No puedo creerlo.

—Pues es la pura verdad. Quizá se deba a mi profesión. O a que ninguna de las mujeres que he conocido hasta ahora me ha interesado lo suficiente como para pensar en hacerla mi esposa. El caso es que no me atrae el matrimonio.

—Lo segundo tiene sentido, pero no lo primero. También los policías se casan y tienen hijos.

—Sí, pero sus mujeres sufren más, porque ser policía entraña un riesgo, se corren muchos peligros, y las esposas de los policías no ganan para sustos, las pobres.

—Pues a mí no me importaría casarme con un policía.
—¿Es una indirecta?
—No sea presuntuoso, teniente. No es usted mi tipo.
—¿Cómo le gustan a usted los hombres, Alice?
—Rubios, delgados, y no tan altos como usted.
—Oiga, a lo mejor se casa con mi ayudante.
—¿Su ayudante?
—Sí, el sargento Bill Drescher. Es rubio, delgado, y mide ocho centímetros menos que yo.
—¿Y qué tal está de cara?
—La tiene bastante dura, pero agradable.
—Ya estoy deseando conocerle.
—Se lo presentaré, no se preocupe.
—¿Cuándo?
—Esta noche, si nos invita usted a tomar café.
—¿Y por qué no a cenar?
—No, eso me parece demasiada molestia, Alice.
—Ninguna, se lo aseguro. Y me hará mucho bien su compañía y la de su ayudante.
—En ese caso, vendremos con mucho gusto —sonrió Howard Forrest, y se levantó del sofá, siendo imitado por Alice Barton.
La joven le entregó el chaquetón.
Forrest se lo puso.
Alice le acompañó basta la puerta.
—No olvide echar el cerrojo y revisar todas las ventanas recordó el policía.
—Descuide —sonrió Alice.
Forrest se despidió de la muchacha y abandonó la casa.

CAPITULO V

El furgón del forense avanzaba lentamente por la carretera.

Una carretera sumamente peligrosa, a causa de la nieve endurecida. Pese a la lenta marcha del vehículo, las ruedas, aunque provistas de cadenas, patinaban a cada dos por tres.

—Conduzca con cuidado, Johnson —rogó Willie Parks, el fotógrafo, que iba sentado al lado del médico forense.

Gregory Johnson rezongó una imprecación.

—¿Acaso no lo hago. Parks? —gruñó.

—La carretera está muy mal...

—¡Ya sé que está mal, demonios!

—Vaya más despacio.

—¿Más despacio...? ¡Pero si hasta una tortuga nos pasarla delante!

—El furgón patina demasiado a menudo, acabará saliéndose de la carretera — profetizó Parks.

—¡No me pongas más nervioso!, ¿quieres? —Barbotó Johnson—. Si no te gusta como conduzco, conduce tú.

—No, yo aún lo haría peor.

—¡Pues, entonces, cállate!

Willie Parks se calló.

Pero estaba asustado.

Y no precisamente por el peligro, relativo, al fin y al cabo, de que el furgón se saliese de la carretera.

Lo que asustaba al fotógrafo era el tener ya casi la absoluta certeza de que Florence Kennedy y Allen Oland, cuyos destrozados cuerpos viajaban detrás en sendas camillas, cubiertos con sábanas, habían sido asesinados por una cruel y sanguinaria bestia salvaje.

Y tal vez ese feroz animal no andase lejos...

Esto último era lo que realmente aterraba a Parks.

Estaba oscureciendo ya, y cada roca, cada árbol, cada matorral, cubiertos de nieve, despertaba el temor en el fotógrafo de la comisaria de Wallace, pues pensaba que tras ellos podía hallarse oculta la fiera asesina.

Willie Parks se humedeció los labios con la lengua y murmuró:

—Johnson...

—¿Qué? —gruñó el forense.

—¿No siente usted miedo?

—¿De qué, de derrapar ?

—De la fiera salvaje que atacó a esos desgraciados que llevamos en el furgón.

Johnson miró un instante a Parks.

—¿Por qué iba a sentir miedo? Lo más probable es que esa bestia se halle ya muy lejos de aquí.

—¿Usted cree?

—¡Claro!

—Yo no estoy tan seguro.

—Pues lo siento por ti —masculló el forense.

Unos minutos después, al tomar una curva, descubrieron una gruesa rama caída en medio de la carretera.

Gregory Johnson se vio obligado a detener el furgón, pues la rama les cortaba el paso.

—Maldita sea... —rezongó el forense, contrariado—. Sólo nos faltaba esto.

—¿Qué... qué hacemos, Johnson? —murmuró Parks, ligeramente tembloroso.

—Qué pregunta más tonta. ¡Pues salir del furgón y apartar la rama, naturalmente!

—¿Salir? —respingó el fotógrafo.

—¿Se te ocurre algo mejor, Parks? —inquirió el forense, sarcástico.

—Me da un poco de miedo salir del furgón, Johnson...

—¡Pues te lo guardas en el bolsillo!

—¿El qué?

—¡El miedo! ¡Vamos, abajo!

Gregory Johnson abrió la portezuela y saltó al suelo.

Caminó hacia la rama caída.

A la izquierda de la carretera, casi pegado a ésta, había un grueso árbol, con muchos kilos de nieve sobre sus largas ramas.

Esta, sin duda, había sido la razón de que una de ellas se rompiera, al no poder soportar el peso de la nieve, y cayese sobre la carretera.

El forense se volvió hacia el furgón.

Willie Parks seguía sentado en el suelo, mirando nerviosamente hacia todos lados.

Johnson escupió una maldición y rugió:

—¡Sal de una condenada vez, Parks!

El fotógrafo hizo un esfuerzo por dominar su miedo y descendió del furgón, acercándose al forense.

—¡Coge tú de ese extremo! —indicó Johnson, inclinándose sobre la pesada rama.

Parks dio una última mirada a su alrededor y se agachó también.

Fue entonces cuando escucharon el rugido.

Sordo.

Escalofriante.

A Willie Parks se le erizaron hasta los pelos de las cejas.

—¡Johnson! —pronunció, con voz apenas audible.

Gregory Johnson se irguió.

—¿Qué ha sido eso?

—¡Un gruñido! ¡Un gruñido estremecedor!

—¿De dónde vino?

—¡De allí, creo! —Parks extendió el brazo y señaló unos árboles cercanos, tan gruesos como el que había pegado a la carretera. Johnson siguió con la mirada la dirección que apuntaba Parks.

No vio nada.

—¡Debe ser la bestia salvaje, Johnson! —gimió Parks muerto de miedo.

—Apartemos la rama, de prisa —indicó el forense, sin perder la serenidad.

El fotógrafo no se movió.

El terror le había paralizado los músculos.

—¡Parks! —gritó Johnson.

El fotógrafo dio un violento respingo.

—¡Hemos de retirar la rama, si queremos pasar por aquí! —masculló el forense, agachándose.

Parks se inclinó también y atrapó la rama por un extremo.

Johnson la agarró por el otro extremo y la levantaron entre los dos.

Súbitamente, resonó otro gruñido.

Más profundo que el anterior.

Más estremecedor.

Más próximo.

Todo parecía indicar que el desconocido animal se acercaba, ansioso de atacar.

—¡Huyamos, Johnson! —chilló Parks, soltando la rama y corriendo hacia el furgón.

—¡Parks! —Rugió el forense, porque la pesada rama seguía en medio de la carretera—. ¡Vuelve aquí inmediatamente!

Pero el fotógrafo no hizo caso.

Estaba demasiado aterrorizado.

Parks alcanzó el furgón y subió precipitadamente a él, cerrando rápidamente la portezuela.

Allí se quedó, temblando sobre el asiento.

Gregory Johnson masculló un improperio y tiró de la rama, con toda la fuerza de que era capaz, que no era demasiada.

Fue suficiente, sin embargo, para arrastrar la rama y retirarla del centro de la carretera.

De pronto, Parks aulló:

—¡Johnson...!

El eco del angustioso aullido del fotógrafo fue ahogado por el impresionante rugido que lanzó el horripilante ser que acababa de aparecer por entre los árboles que poco antes señalara Willie Parks.

A Gregory Johnson se le heló la sangre en las venas cuando descubrió al monstruoso ser.

Era tan alto como un hombre, aunque se mantenía ligeramente

encorvado, tenía brazos y piernas, y un tórax amplísimo y musculoso.

Todo su cuerpo, desde la cabeza hasta los pies, estaba recubierto de pelo, color pardo oscuro.

Sus ojos eran amarillentos, fosforescentes, malignos.

Sus colmillos, largos, afilados, feroces.

Lo mismo podía decirse de sus uñas.

Gregory Johnson reaccionó.

Echó a correr hacia el furgón.

Velozmente.

Demasiado velozmente.

Si.

Era peligroso correr tan de prisa por una carretera recubierta de nieve endurecida y resbaladiza.

Y el forense resbaló.

Espectacularmente, además.

El batacazo fue enorme.

—¡Johnson! —chilló Willie Parks, levantándose un palmo del asiento.

El forense intentó incorporarse, pero un agudo dolor en la pierna izquierda le obligó a desistir.

Gregory Johnson comprendió en el acto que tenía la pierna rota.

Miró angustiado hacia el lugar donde apareciera la horrible bestia salvaje.

El animal, que se asemejaba bastante a un gorila, aunque, evidentemente, no lo era, continuaba en el mismo sitio, quieto y expectante, como muy convencido de que sus nuevas víctimas tampoco podrían escapar de él.

De sus poderosos colmillos.

De sus garras de acero.

Johnson miró hacia el furgón y aulló:

—¡Parks...!

Willie Parks seguía en el interior del furgón, contemplando con ojos desencajados a la fiera salvaje.

Desvió la mirada hacia el médico forense.

Este suplicó:

—¡Ayúdame, Parks...! Tengo una pierna fracturada. No puedo levantarme.

Parks vaciló.

Le horrorizaba salir del furgón, pero no podía dejar a Gregory Johnson allí, tirado en la carretera, con una pierna quebrada, a merced de la espantosa bestia.

El forense pidió auxilio de nuevo, con dramática desesperación.

Willie Parks hizo acopio de valor y abrió la portezuela, saltando rápidamente del furgón.

Se acercó al forense, sin perder de vista ni un solo instante a la fiera

de pelaje color pardo oscuro, que seguía inmóvil entre los árboles, y le ayudó a ponerse en pie.

—¡De prisa, Johnson, por Dios! —suplicó, arrastrándolo materialmente hacia el furgón.

La fiera asesina lanzó otro impresionante rugido y movió velozmente sus robustas piernas.

—¡Viene hacia nosotros, Johnson...! —chilló Parks.

—¡Metámonos en el furgón, rápido!

Como ya estaban junto a él, consiguieron introducirse en el vehículo; el forense, con la ayuda del fotógrafo.

Pero de poco les sirvió.

Antes de que Parks consiguiera poner el motor en marcha —el fotógrafo se había puesto al volante, comprendiendo que Johnson no podía conducir, con una pierna fracturada—, la bestia salvaje alcanzó el furgón y lo volteó con asombrosa facilidad, dejándolo ruedas arriba.

Parks y Johnson comenzaron a chillar, horrorizados.

La sanguinaria fiera arrancó una de las portezuelas y los sacó a los dos de la cabina del furgón, de la forma más violenta y brutal.

Willie Parks y Gregory Johnson nada pudieron hacer por impedir que los terroríficos colmillos y las afiladas garras de la bestia hiciesen presa en sus cuerpos.

Pocos minutos después, ambos yacían inmóviles y ensangrentados sobre la resbaladiza carretera.

Horriblemente despedazados.

CAPITULO VI

Alice Barton fue hacia la puerta.

Acababan de llamar, y por la hora que era, las ocho y algunos minutos de la tarde, suponía que se trataba de Howard Forrest y de su ayudante, el sargento Bill Drescher.

No obstante, quiso asegurarse antes de descorrer el grueso cerrojo.

—¿Quién es? —preguntó alzando bastante la voz, para que se la oyera desde fuera.

—¡El teniente Forre»! y el sargento Drescher! —respondieron desde la otra parle de la puerta.

Alice sonrió, al reconocer la voz de Howard Forrest, y descorrió el cerrojo.

—Pasen ustedes —rogó amablemente.

Forrest y Drescher entraron en la casa, con cara de tener bastante frío.

Alice se apresuró a cerrar la puerta.

Forrest carraspeó ligeramente y dijo:

—Le presento a mi ayudante, el sargento Drescher. Bill, ésta es Alice Barton.

—¿Qué tal está, sargento Drescher? —sonrió Alice, ofreciendo su mano al ayudante de Forrest.

Bill Drescher se despojó rápidamente del guante derecho y estrechó la cálida mano de la muchacha.

—Es un placer conocerla, señorita Barton.

—Puede llamarme Alice.

—Gracias.

Howard Forrest intervino:

—Rubio, delgado, y no tan alto como yo... Como le gustan a usted, Alice.

—Oh, sí, me encantan los hombres rubios, delgados y no excesivamente altos —admitió la joven sin el menor rubor.

Drescher tosió.

—No sé qué quiere decir, Alice. Si acaso, que tenemos los mismos gustos.

Alice Barton puso una cara cómica.

—¿También a usted le gustan los hombres rubios, delgados y no demasiado altos...?

—¡Oh, no..., los hombres, no! Las mujeres —aclaró nerviosamente Drescher.

Howard Forrest y Alice Barton rieron alegremente.

Bill Drescher también rió.

Alice indicó:

—Dejen sus chaquetones aquí, colgados de la percha.

Los dos policías se despojaron de sus chaquetones.

El de Bill Drescher era de cuero negro.

Los dejaron en la percha.

El sargento Drescher se quitó también el otro guante y guardó ambos en los bolsillos del chaquetón.

—Síganme, por favor —rogó Alice, poniéndose en movimiento.

Forrest y Drescher fueron tras ella.

Alice los condujo al comedor.

También allí había un buen fuego.

La mesa, alargada, estaba dispuesta.

—Siéntese —indicó Alice—. La cena está a punto, la serviré en seguida.

Forrest y Drescher se sentaron a la mesa.

—Voy por la cena —dijo Alice, y salió del comedor.

Los dos hombres la siguieron con la mirada hasta que la muchacha desapareció, camino de la cocina.

Forrest miró a su ayudante.

—¿Te gusta, Bill?

—Oh, sí, teniente; mucho —asintió Drescher.

Forrest sonrió.

—A mí también —confesó.

—¿Intenta usted conquistarla? —inquirió Drescher.

—No.

—¿Por qué? ¿No acaba de decir que le gusta?

—No soy su tipo, Bill.

—¿Cómo lo sabe?

—¿Es que no la oíste? A ella le gustan rubios, delgados y no demasiado altos como yo.

—Pues a mí me parece que esa joven le mira a usted con muy buen ojo.

—Figuraciones tuyas.

—No, no creo que sean figuraciones mías, teniente. Yo entiendo mucho de mujeres.

—¿Y de que entiendo yo, de canguros? —gruñó Forrest.

Drescher tosió nerviosamente.

—Perdón, teniente. No quise decir que usted no entiende de mujeres.

—Pues eso me pareció entender.

—Lo que quise decir es que...

Bill Drescher no pudo explicarse, pues Alice Barton ya estaba de vuelta, portando una gran bandeja repleta de cosas buenas.

El sargento se fijó en el sugestivo movimiento de caderas de la muchacha.

En la perfección de sus muslos.

En la belleza armónica de sus senos.

Si.

Era fácil llegar a la conclusión de que la portadora de la bandeja estaba mucho más apetecible que lo que había en ésta.

—¡Hum! Eso tiene pinta de estar muy sabroso —dijo Forrest, refiriéndose a la cena.

—Y tan sabroso —dijo Drescher, refiriéndose a otras cosas.

Alice sonrió halagada.

—Espero que les guste.

—Nos encantará —aseguró Forrest.

—Yo ya estoy deseando hincarle el diente —dijo Drescher, y como cuando lo dijo no estaba mirando lo que había en la bandeja, sino un poco más arriba, Forrest disparó la pierna.

Disimuladamente.

Pero muy certeramente.

—¡Ay! —gritó Drescher, cogiéndose la espinilla con la zurda.

—¿Qué le ocurre...? —exclamó Alice, alarmada.

—Los malditos calambres otra vez, ¿no, Bill? —dijo Forrest, antes de que su ayudante pudiera hablar.

Drescher lo miró perplejo.

—¿Calambres? —repitió Alice, dejando la bandeja sobre la mesa.

—Sí, le dan bastante a menudo —explicó Forrest—. Y siempre en la misma pierna, la izquierda. ¿No es cierto. Bill?

Drescher cabeceó.

—Oh, sí, muy cierto. Cuando menos lo esperas, ¡zas!, calambre que te da.

—¿Y son muy dolorosos...? —preguntó Alice.

Drescher arrugó la cara significativamente.

—Terribles. Es como si alguien te sacudiese una feroz patada a la espinilla —miró a su superior.

Este contuvo una sonrisa.

—¿No ha ido al médico, sargento Drescher? —inquirió Alice.

—Oh, sí, claro que he ido al médico —respondió Bill Drescher.

—¿Y qué le dijo?

—Que la solución es una pata de palo.

—¿Cómo? —respingó la joven.

—Sí, Alice. El único modo que desaparezcan los calambres, es amputar la pierna y ponerme una de pirata.

—¡Jesús, qué horror! —gimió la muchacha.

Howard Forrest intervino de nuevo:

—No hagas caso. Alice. El sargento Drescher está bromeando.

—¡Oh! ¿De veras es una broma, sargento?

—Dile que sí, Bill —ordenó Forrest.

—Sí, es cierto, Alice —confesó Drescher—. Sólo tengo un poco de reúma, y el médico me ha dicho que me desaparecerán los calambres si como

mucho ajo

Alice Barton respiró hondo.

—Que susto me había dado usted, sargento Drescher. Llegué a creer que era verdad que peligraba su pierna.

—Ya ve que no —sonrió Drescher.

—No sabe cuánto me alegro. Esperen, ahora vuelvo.

—¿Dónde va, Alice? —preguntó Forrest.

—A traer unas cabezas de ajos.

Drescher abrió la boca.

Forrest esperó a que Alice saliera del comedor y entonces rompió a reír con ganas.

—¡En buen lio te has metido, Bill!

—Perdone que le corrija, teniente, pero fue usted quien me metió en él —repuso Drescher—. ¿Por qué me atizó en la espinilla?

—Porque tú querías hincarle el diente a ciertas cosas que no son comestibles, excepto para los caníbales.

Drescher tosió.

—Eran sólo palabras, teniente.

—Que no debiste pronunciar, estando Alice presente.

—Ella creyó que me refería a las cosas que traía en la bandeja.

—Eso es lo que tú piensas. Alice es una joven muy despierta y quizá captó el verdadero sentido de tus palabras.

—Seguro que no. Se hubiera ruborizado.

—Alice tiene mucho aplomo. No se ruboriza fácilmente. Drescher se pellizcó el lóbulo.

—Teniente...

—¿Sí, Bill...?

—¿Qué hago con las cabezas de ajos que me traiga Alice?

—Comértelas, naturalmente.

—¿Comérmelas...? —respingó Drescher.

—El ajo es muy bueno para el reúma, tú mismo lo dijiste —recordó socarronamente Forrest.

—¡Pero es que yo no tengo reúma!

—¿Y por qué dijiste que lo tenias?

—¡Porque algo tenía que decir, para justificar el dolor de la espinilla!

—Yo le dije que tenías calambres. Lo de la pierna de pirata y lo del reúma, sobraba.

Drescher compuso una mueca.

—A mi no me gusta el ajo, teniente.

—Pues lo siento por ti, Bill, pero no tendrás más remedio que comer unos cuantos.

—La boca me apestará.

—Te daré un caramelo de menta, no te preocupes —sonrió Forrest, con guasa.

—Tampoco me gustan los caramelos de menta.

—¿Prefieres un chicle con sabor a fresa?

Bill Drescher iba a responder, pero se interrumpió al ver entrar a Alice Barton.

La joven portaba cuatro cabezas de ajos en las manos. Las dejó sobre la mesa, delante de Drescher.

—Aquí tiene, sargento Drescher.

Bill Drescher arrugó la nariz.

—¿Por que trajo tantos?

—Cuantos más coma, mejor. Y si quiere más, dígamelo. Tengo una ristra casi entera en la cocina.

Drescher se estremeció.

—No, no creo que necesite más, gracias —dijo.

—Son unos ajos muy hermosos, Alice —ponderó Forrest, a quien le resultaba muy difícil contener la risa.

—¿Verdad que sí? Pues aún están mejor de sabor que de presencia —aseguró la joven—. Como todo ajo que se precie, pican como demonios.

Bill Drescher estuvo a punto de caerse de espaldas.

—¿De veras pican tanto...?

—¡Oh, sí! —Garantizó Alice—. Pero como usted ya debe estar acostumbrado a comer ajos picones, apenas lo notará.

—Que no lo notaré, dice... —rezongó por lo bajo Drescher, los ojos fijos en las cuatro cabezas de ajos.

Le entraron ganas de echarse a llorar.

CAPITULO VII

Alice Barton sirvió la cena.

Empezaron los tres a ingerir los alimentos.

—Coma un ajo, sargento Drescher —dijo Alice.

Bill Drescher miró a Howard Forrest.

Este asintió con la cabeza.

Drescher exhaló un suspiro de resignación y atrapó una de las cabezas. La partió, cogió un diente, y lo peló.

El penetrante olor del ajo le golpeó en la cara como si del puño de un boxeador del peso pesado se tratara.

Casi le dejó K.O.

Drescher se lo puso en la boca rápidamente.

Aquello aún fue peor que el fortísimo olor, pues tuvo la sensación de que el diente de ajo le quemaba la lengua.

Lo masticó con rapidez, con el fin de engullirlo lo antes posible y acabar con aquel sufrimiento.

Pero el verdadero sufrimiento llegó entonces, al masticar el ajo.

Bill Drescher tembló sobre la silla.

Como si acabara de morder un cable eléctrico, en lugar de un diente de ajo.

Y es que en la boca no tenía un diente de ajo, tenía un soplete.

La boca entera se le derretía.

Drescher la abrió, con intención de pedir socorro, pero no le salió la voz.

Entonces pensó en escupir aquella especie de brasa encendida que tenía en la boca, pero se dijo que eso escaria muy feo, así que recurrió a la bebida.

Atrapó la copa de vino y la vació de un solo trago.

Como aquello no fue suficiente, empezó a comer como si no hubiera probado bocado en los últimos siete días.

—Oiga, Alice, me parece que sus ajos despiertan un apetito feroz... —dijo Howard Forrest, irónico.

—¡Si, me temo que sí! —exclamó la joven, riendo.

Bill Drescher dejó de comer como un vikingo y miró a la muchacha.

Dos gruesos lagrimones le resbalaban ya por las mejillas.

—¿Le importaría responderme a una pregunta, Alice? —dijo, con una voz que muy poco se parecía a la suya.

—Con mucho gusto, sargento Drescher.

Bill Drescher señaló las cabezas de ajos.

—¿Qué son esto, dientes de ajo o cápsulas de nitroglicerina concentrada?

Alice Barton rió la ocurrencia del sargento.

También Howard Forrest, que hacía años que no pasaba un rato tan divertido.

—¡Qué chistoso es usted, sargento Drescher! —dijo Alice.

Bill Drescher siguió comiendo, pues todavía tenía la boca que rabiaba, especialmente, la lengua.

Le daba la sensación de que la tenía dos o tres veces más gruesa de lo normal.

Poco después, Alice Barton miraba a Howard Forrest y preguntaba:

—¿Han averiguado algo más sobre el caso, teniente Forrest?

—No, todo sigue igual —respondió el policía—. Los cadáveres de Florence Kennedy y Allen Oland ya fueron trasladados a Wallace. El forense me prometió que les practicaría la autopsia nada más llegar, y que daría prisa a los laboratorios. Dentro de un rato, si usted me lo permite, telefonearé desde aquí a Wallace, a ver si ya pueden decirme alguna cosa más.

—Telefonee cuando guste, teniente —autorizó Alice.

—Gracias.

—¿Sigue usted sospechando de Van Kennedy...?

—Yo no dije que sospechara de Van Kennedy, Alice. Me limité a observar que si Van Kennedy sabía que su mujer le engañaba con Allen, ya tenía un motivo para desear la muerte de los dos —puntualizó Forrest.

—Ya verá como él es inocente, teniente.

—Probablemente. Su dolor parecía sincero, del todo auténtico... No, tampoco yo creo que Van Kennedy tenga nada que ver en esto.

—Entonces, habrá que pensar en la otra hipótesis, la de que el amo de esa bestia criminal sea un perturbado mental.

—Entre otras, claro.

—Suponiendo que esa hipótesis sea cierta, todos cuantos vivimos distanciados de Salton Rock estamos expuestos a recibir la visita de esa fiera salvaje.

—Desgraciadamente, así es —suspiró Forrest—. Por eso le aconsejé antes que se trasladara usted a Salton Rock y se quedara allí hasta que todo se aclare, pero usted no quiso hacerme caso. Ni usted, ni nadie.

—¿Nadie?

Howard Forrest explicó:

—El sargento Drescher y yo estuvimos en todas las casas que hay alejadas del pueblo, informamos a sus moradores de que Florence Kennedy y Allen Oland habían sido hallados muertos este mediodía por el esposo de Florence, en su casa, y que todo parecía indicar que habían sido atacados por una poderosa bestia salvaje. Todos se impresionaron mucho, pero se negaron rotundamente a abandonar sus casas y trasladarse a Salton Rock por unos días. Ni siquiera Van Kennedy quiso hacerme caso.

Alice Barton no hizo ningún comentario.

—Por cierto, Alice —siguió hablando Forrest—. En una de las casas, no había nadie. Al menos, nadie nos abrió.

—¿Cuál de ellas, teniente?

Forrest se lo explicó.

—Oh, sí, ya sé cuál es —dijo Alice—. Pertenece a Ernest McCowan. Estaría en Salton Rock, cuando ustedes fueron a su casa.

—Entonces, ya estará enterado de lo que pasa. El sargento Drescher y yo también estuvimos en el pueblo. Era necesario advertir a todo el mundo. Es curioso, pero se asustaron más las personas que viven en Salton Rock que las que viven a algunos kilómetros del pueblo. ¿No es cierto, Bill?

—Sí, es verdad —asintió Drescher, bastante mejorado de su ataque de «*ajitis piconetis*».

—No ha comido más ajos, sargento Drescher... —observó Alice.

—Es que me los guardo para postre —respondió Drescher.

Alice Barton y Howard Forrest rieron.

—Su ayudante tiene un gran sentido del humor, teniente Forrest —dijo Alice.

—Sí, es verdad —asintió Forrest.

—Si ustedes lo dicen... —rezongó Drescher.

Siguieron cenando.

Howard Forrest rogó.

—Hábleme de ese Ernest McCowan, Alice.

—Es un buen hombre —dijo la muchacha.

—¿Vivir solo?

—Sí. Enviudó hace cuatro artos, y no se ha vuelto a casar. No tuvo hijos en su matrimonio.

—¿A qué se dedica?

—Es cazador.

—Cazador...

—Apasionante profesión —comentó Bill Drescher.

—Sí, pero muy peligrosa —repuso Alice—. Hace apenas una semana, Ernest McCowan estuvo a punto de morir.

—¿Qué ocurrió? —inquirió Forrest, muy interesado.

—Le atacó un lobo. Fiero y gigantesco. El lobo más grande que Ernest McCowan había visto jamás, según contó él después. Ernest le disparó con su escopeta. Alcanzó de lleno al animal, pero éste, en lugar de desplomarse sobre la nieve, siguió corriendo y se lanzó sobre él, rabioso. Ernest, un hombre valiente donde los haya, echó mano de su cuchillo de monte y luchó a brazo partido con la fiera, a la cual, finalmente, dejó sin vida de varias cuchilladas.

—¡Que emocionante! —exclamó Drescher, que había escuchado con la boca abierta el relato de la muchacha.

—¿No hirió el lobo a Ernest McCowan? —inquirió Forrest.

—Oh, sí, le produjo varias heridas —asintió Alice—. La más profunda y dolorosa, en el cuello, donde el animal consiguió clavarle sus agudos colmillos. Ernest perdió mucha sangre, pero como posee una fortaleza

poco común, logró llegar a Salton Rock y ponerse en manos del doctor Wagner. Ya está casi totalmente restablecido, aunque todavía no sale de caza. El doctor Wagner le prohibió que lo hiciera antes de quince días.

Howard Forrest se acarició el mentón.

—¿Está seguro Ernest McCowan de que acabó con ese gigantesco lobo, Alice?

—Oh, sí, ya lo creo que acabó con él. Le hundió el cuchillo hasta la empuñadura por lo menos media docena de veces, amén del escopetazo, pues, como ya les he dicho, Ernest no erró el disparo. El animal se desangró delante de él... ¿Por qué lo pregunta, teniente Forrest?

—Por un momento pensé que ese poderoso lobo pudiera ser el animal que atacó a Florence Kennedy y Allen Oland. Pero si dice usted que Ernest le dio muerte...

—¿Olvida usted que la puerta y las ventanas estaban cerradas, y no tenían el más leve arañazo? —Recordó Alice—. Aunque ese feroz lobo no hubiese muerto, jamás hubiera podido entrar en casa de Florence tan sigilosamente, y mucho menos cerrar la puerta al salir...

—No. claro —admitió Forrest—. De todos modos, hablaré con Ernest McCowan. Su experiencia, como cazador, puede servirnos de mucho.

Terminaron de cenar.

Alice Barton se puso en pie y comenzó a retirar cosas de la mesa.

Bill Drescher carraspeó y dijo:

—Llévese los ajos, Alice.

—¿No quiere más, sargento Drescher...?

—No, gracias.

—Sólo ha comido uno...

—Que valía por media docena.

—Así no se curará su reúma.

—Pero al menos seguiré con vida.

La joven pestañeó.

—¿Qué quiere decir?

Howard Forrest intervino:

—Era otro chiste, Alice.

—Caramba, con los chistes... —rió la muchacha, y salió del comedor.

Poco después estaba de vuelta, con una cafetera, tres tazas, y la azucarera.

Mientras la joven servía el café, Forrest se levantó y dijo:

—Con su permiso, Alice, voy a llamar a Wallace.

—Sí, hágalo —sonrió la muchacha.

Forrest se acercó al teléfono, descolgó el auricular, y marcó el número de la comisaría de Wallace.

—¿Lowery...? Soy el teniente Forrest. Comunícame con Gregory Johnson... ¿Qué...? ¿Qué aún no ha llegado...? —Forrest miró a Drescher. Pero, eso no es posible... Si él y Parks salieron de Salton Rock hace casi tres

horas... Está bien, trataré de averiguar qué ha pasado.

Howard Forrest colgó el teléfono.

Permaneció junto a él, pensativo.

Alice Barton y Bill Drescher cambiaron una mirada, preocupados.

El sargento volvió a mirar a su superior.

—¿Qué les habrá ocurrido, teniente...?

—No lo sé, Bill. Quizá hayan sufrido algún percance. Con este tiempo, y el mal estado de la carretera...

Drescher se puso en pie.

—¿Vamos en su busca, teniente?

—Sí, claro. Ahora mismo.

—¿No se toman el café...? —dijo Alice.

—No tenemos tiempo, Alice —respondió Forrest—, Pero no se preocupe, volveremos más larde. En marcha, Bill.

Howard Forrest y Bill Drescher abandonaron el comedor, seguidos de Alice Barton.

Los policías se enfundaron sus respectivos chaquetones. Antes de salir, Forrest indicó:

—Eche el cerrojo en cuanto salgamos, Alice.

—Lo haré —asintió la muchacha.

Forrest y Drescher salieron de la casa.

CAPITULO VIII

Van Kennedy se hallaba en su dormitorio.

Hundido en un sillón.

No lograba apartar de su mente el trágico suceso de la noche anterior.

Si cerraba los ojos, inmediatamente veía los cuerpos desgarrados y ensangrentados de su esposa y de Allen Oland, y se estremecía de horror.

Un horror que ahora aún era mayor, pues ya no dudaba de que Florence y Allen habían sido atacados por una feroz bestia salvaje.

Aquellos pelos fuertes, cerdas, más bien, de color pardo oscuro, que habían sido hallados entre sus rígidos dedos...

Lo que Van Kennedy no comprendía era cómo la fiera salvaje había logrado entrar en la casa sin forzar la puerta ni ventana alguna.

Porque aquello de que el sanguinario animal tuviese un amo, y obedeciese órdenes de éste, no podía admitirlo.

Le parecía absurdo.

Demasiado monstruoso.

Nadie alimenta y da cobijo en su casa a una bestia asesina.

Y, menos aún, la lleva luego a una casa cualquiera para que dé muerte a las personas que encuentre en ella.

La más espantosa de las muertes...

Súbitamente, un aullido interrumpió los pensamientos de Van Kennedy.

Un aullido de lobo,

Lejano.

Extraño...

Esto último fue lo que hizo que Van Kennedy se levantara del sillón y quedara tenso.

Estaba acostumbrado a oír aullidos de lobo, en aquella época del año, pero nunca habían sonado así.

Recordó lo que Alice Barton le había contado al teniente Forrest, cuando éste fue a comunicarle la muerte de Florence y Allen.

La noche anterior, entre las ocho y las nueve, Alice oyó extraños aullidos de lobo.

Según ella, era como si los lobos estuviesen nerviosos, como si tuviesen miedo de algo o de alguien...

Y esa misma impresión le daba a él.

Van Kennedy escuchó otro aullido.

Igualmente lejano y extraño.

Sintió un ligero estremecimiento.

¿Andaría la bestia salvaje cerca...?

Van Kennedy se dijo que sí.

Y se alegró, pese a su temor.

Temía a la fiera, si, pero al propio tiempo deseaba verse frente a ella.

También él, como Alice Barton, tenía una escopeta.

Y sabía utilizarla.

Y ansiaba disparar con ella sobre el animal asesino.

Si.

El vengaría a Florence y Allen.

El acabaría con la bestia criminal.

Un tercer aullido de lobo llegó hasta los oídos de Van Kennedy.

Idéntico a los anteriores.

Van Kennedy corrió hacia el armario, donde guardaba la escopeta.

Lo abrió, atrapó la escopeta, y procedió a cargarla. Sólo le llevó unos segundos.

Con la pesada arma firmemente empuñada, salió del dormitorio.

Se acercó a la puerta de la casa.

El cerrojo estaba echado.

Las ventanas, todas bien cerradas.

La bestia salvaje no podría penetrar en la casa. Silenciosamente, al menos.

Van Kennedy se quedó junto a la puerta.

Quieto.

Silencioso.

Conteniendo incluso hasta la respiración.

Le había parecido oír un leve ruido en el exterior.

Como una pisada.

Van Kennedy apretó con más fuerza la escopeta.

Esperó.

Inmóvil.

Apuntando con el arma hacia la puerta.

De pronto, escuchó un gruñido.

Sordo.

Escalofriante.

Van Kennedy sintió que se le erizaba la piel.

¡Estaba allí!

¡La bestia asesina estaba allí!

¡Muy cerca de la puerta!

Van Kennedy contuvo de nuevo la respiración.

La fiera salvaje ya estaba junto a la puerta.

Van Kennedy observó el pomo.

¡Estaba girando...!

¡El pomo de la puerta estaba girando...!

¡Suave y silenciosamente...!

¡Como accionado por una mano humana...!

Van Kennedy sintió culebrear el pánico en sus huesos.

Instintiva mente, retrocedió un paso.

Su frente se perló de finas gotas de sudor.

Un sudor frío.

Helado.

Empezaba a explicarse cómo pudo penetrar la fiera salvaje la noche anterior en la casa.

Haciendo girar el pomo de la puerta.

Así de sencillo.

El cerrojo no estaría echado y el animal no tuvo la menor dificultad para colarse silenciosamente en la casa, acercarse al salón, y sorprender en él a los confiados Florence y Allen.

Acabó con ellos a zarpazos y dentelladas y luego se marchó tranquilamente, cerrando la puerta al salir.

Sí.

La fiera no tenía amo.

No cumplía órdenes de nadie.

Actuaba por su cuenta.

Mataba porque le apetecía matar.

Así de simple.

Así de macabro.

El pomo giró del todo.

La puerta no se abrió.

El grueso cerrojo lo impedía.

La bestia salvaje, al hallar una resistencia que sin duda no esperaba, emitió otro gruñido.

Profundo.

Estremecedor.

Seguidamente, cargó contra la puerta.

Pero no con demasiada violencia.

Como si sólo quisiera comprobar su resistencia.

O quizá lo que pretendía era no armar demasiado ruido. A cada embate, el cerrojo cedía más y más.

Pronto saltaría.

Van Kennedy se mojó los labios con la lengua.

Retrocedió un paso más.

Su cara estaba muy pálida.

Su cuerpo, peligrosamente rígido.

Como agarrotado.

Su dedo índice se curvó sobre el gatillo.

Nerviosamente.

El cerrojo seguía cediendo.

De pronto, saltó, arrancado por el último embate del animal.

La puerta se abrió de par en par y la bestia salvaje quedó visible.

Erguida.

Poderosa.

Amenazante.

Por sus fauces, entreabiertas, escapaban unas nubecillas de vapor, y sus terroríficos colmillos lanzaban destellos. El terror paralizó momentáneamente a Van Kennedy. El terror... y la sorpresa.

Sí, porque él no esperaba que la fiera salvaje fuera así. Su cuerpo tenía demasiado de humano.

Brazos...

Piernas...

Manos...

Pies...

Sí.

Parecía un hombre.

Un hombre desfigurado.

Convertido en monstruo por una horrible e inexplicable mutación.

El espeluznante ser avanzó hacia Van Kennedy, ligeramente encogido.

El marido de la infortunada Florence reaccionó.

Pero no con la celeridad que la situación requería.

Cuando su dedo índice se cerró sobre el gatillo de la escopeta, ya era tarde.

El monstruoso ser alargó una de sus zarpas y aprisionó el doble cañón del arma, desviándola con brusquedad.

El disparo no le alcanzó.

Van Kennedy no pudo disparar el otro cariucho.

El alucinante ser le arrebató el arma de un violento tirón.

Van Kennedy retrocedió, las facciones desencajadas por el espanto.

Sus movimientos eran tan torpes, que se le trabaron las piernas y cayó al suelo, de espaldas.

Desde allí presenció cómo el monstruo levantaba la pesada escopeta y la partía en dos como si fuera una delgada caña.

La bestia salvaje lanzó un poderoso rugido y avanzó hacia él.

Van Kennedy se arrastró por el suelo, sin fuerzas para levantarse.

—No... No... ¡No...! —suplicó, a punto de desvanecerse de horror.

Hubiera sido lo mejor para él.

Sí, porque un instante después, el escalofriante ser caía sobre él y se ensañaba con su cuerpo, utilizando sus feroces colmillos y sus afiladas garras.

CAPITULO IX

El coche avanzaba con precaución por la resbaladiza carretera.

Howard Forrest lo conducía.

A su lado, Bill Drescher fumaba nerviosamente un cigarrillo, los ojos fijos en la carretera, alumbrada por los potentes faros del automóvil.

Cada vez que las ruedas del coche, pese a las cadenas, patinaban, Howard Forrest mascullaba una maldición o soltaba algún taco.

—Esta carretera está fatal, teniente —comentó Drescher.

—Sí, es un peligro circular por ella —rezongó Forrest.

—Le apuesto un cigarro a que el furgón de Johnson se salió de la carretera y él y Parks están luchando por devolverlo a ella.

—Ojalá sea eso.

—¿Qué otra cosa puede ser?

Howard Forrest no respondió.

Bill Drescher debió adivinar lo que su superior estaba pensando, pues también él guardó silencio.

De pronto, al tomar una curva, los faros del coche alumbraron el furgón del forense, volcado, y los dos cuerpos en sangrentados y destrozados que yacían en medio de la carretera.

Howard Forrest frenó el automóvil en el acto.

—Cielo santo... —musitó, horrorizado.

—Son... son ellos, teniente... —balbuceó Drescher, sin color en las mejillas.

Forrest extrajo su reglamentario revólver del 38.

Con las mandíbulas fuertemente apretadas, indicó:

—Abajo, Bill.

Drescher desenfundó su arma.

Salieron los dos del auto.

Antes de acercarse a los cadáveres de Gregory Johnson y Willie Parks, escrutaron los alrededores.

No descubrieron ni oyeron nada.

—Vamos, Bill —mascullo Forrest.

Drescher siguió a su suprior.

Se detuvieron junto a los despedazados cuerpos de Johnson y Parks.

El espectáculo era en verdad aterrador, y Bill Drescher se dijo que iba a resultarle muy difícil no devolver la cena.

Apartó los ojos de los desgarrados cadáveres y se apoyó en el volcado furgón.

—Es demasiado para mi propio estómago, teniente —pronunció, con voz trémula.

—Y para el mío —repuso roncamente Forrest, y apartó la vista también.

Fue entonces cuando reparó en la pesada rama que yacía a un lado de la carretera, unos metros más adelante.

Caminó lentamente hacia ella.

Drescher le siguió.

Se detuvieron los dos delante de la rama.

—Esta rama no estaba cuando pasamos por aquí a primera hora de la tarde —dijo Forrest.

—Debió caerse después. No pudo soportar el peso de la nieve, y se quebró —dedujo Drescher.

Forrest levantó los ojos y observó el grueso árbol.

—No, no creo que se cayera, Bill.

—¿No?

—Alguien la rompió, para que cayera sobre la carretel a y cortara el paso.

—¿Quién iba a hacer una cosa así?

—La bestia salvaje.

Drescher arrugó la cara.

—¿La bestia...?

—Debió ver acercarse al furgón, y decidió que ése sería el mejor modo de detenerlo. Johnson y Parks pararon el furgón, bajaron a retirar la rama, y entonces...

—Apareció la fiera.

—Sí.

—¿Es posible que ese animal sea tan inteligente, teniente? —se asombró Drescher.

Forrest asintió con la cabeza.

—Lo es, Hill. Y posee la fuerza de un titán. Observa el furgón... Está ruedas arriba, y una de sus portezuelas está arrancada.

Debe ser un animal monstruoso... —se estremeció Drescher.

—Sin duda. Y hemos de darle caza, Bill. Cuanto antes. Si no acabamos pronto con él, seguirá asesinando. Su sed de sangre parece insaciable. Ha matado cuatro personas en menos de veinticuatro horas.

—¿Y cómo descubrir la guarida de esa fiera sanguinaria?

—Ernest McCowan nos ayudará.

—¿El cazador?

—Sí. Ahora mismo vamos a hablar con él. Ya debe de estar en su casa. Y, si no está iremos a Salton Rock. Tenemos que encontrarle, Bill.

—Sí, teniente.

—En el maletero llevamos un par de mantas, ¿no?

—Sí.

—Cubriremos con ellas los cuerpos de Johnson y Parks.

Así lo hicieron.

Luego, montaron en el coche y se dirigieron a la casa de Ernest McCowan.

Un rato después, estaban frente a ella.

No se veía luz en la casa.

Howard Forrest llamó a la puerta.

Transcurrió un minuto y nadie abrió.

—Debe seguir en el pueblo, teniente —dijo Drescher.

—Sí. De todos modos, probaré a abrir. Tal vez la puerta no esté cerrada con llave.

Forrest hizo girar el pomo.

La puerta cedió.

Forrest cambió una mirada con su ayudante.

—Entremos, Bill.

Empujó la puerta y penetraron los dos en la casa.

Forrest encendió una luz.

El desorden era impresionante.

Similar al de la habitación donde encontraron muertos a Florence Kennedy y Allend Oland.

Muebles tirados en el suelo...

Destrozados, algunos de ellos...

No se veían, en cambio, manchas de sangre.

De pronto, se escuchó un gruñido.

Escalofriante.

CAPITULO X

Howard Forrest y Bill Drescher extrajeron velozmente sus armas.

—¿Has oído eso, Bill? —preguntó Forrest, en voz baja.

—Sí, teniente —asintió Drescher—. Ha sido un gruñido.

—Ha sonado fuera de la casa, ¿verdad?

—Creo que sí.

—Atento, Bill. Voy a abrir la puerta.

Drescher apretó el arma con ambas manos.

—Cuando quiera, teniente.

Forrest alargó su zurda hacia el pomo de la puerta.

Lo hizo girar lentamente.

Forrest estaba pegado a la pared.

Drescher, frente a la puerta.

A unos tres metros de ella.

Forrest tiró de la puerta con brusquedad.

La puerta golpeó contra la pared opuesta a la que se hallaba pegado el teniente.

Drescher flexionó las piernas, los brazos estilados, el arma apuntando hacia el hueco de la puerta.

Forrest pegó un gran salto y apuntó también hacia el exterior.

Pero en el exterior, por el momento, no se veía a nadie. Sin embargó, había alguien.

Alguien que caminaba.

Se oían sus pisadas.

Bill Drescher se pasó la lengua por los labios.

Nerviosamente.

—El animal se acerca, teniente —dijo, muy bajo.

Howard Forrest no respondió.

Estaba absolutamente de acuerdo con su ayudante.

El animal se aproximaba.

Cautelosamente.

Astutamente.

Inteligentemente.

Debía intuir que era peligroso para él dejarse ver antes de tiempo.

Se escuchó un segundo gruñido.

Más profundo que el primero.

Más estremecedor.

Más próximo...

Forrest y Drescher contuvieron la respiración.

Adivinaban que la bestia salvaje aparecería de un momento a otro por aquella puerta.

Que irrumpiría por ella, más bien.

Se equivocaron.

La fiera no irrumpió por la puerta, sino por una ventana. Al menos, esa impresión dio, pues la ventana de la izquierda estalló súbitamente en pedazos, como si alguien acabase de lanzar una granada contra ella.

Forrest y Drescher se revolvieron en el acto hacia allí. Disparando ya sus armas.

Contra lo que había irrumpido en la casa.

Se dieron cuenta demasiado tarde de que no estaban disparando contra un animal salvaje, sino contra un grueso pedazo de tronco de unos cincuenta centímetros de longitud.

Si.

El animal era asombrosamente inteligente.

Había arrojado el pedazo de tronco contra la ventana para engañar a los policías.

El entró por la puerta.

Bueno, no llegó a penetrar en la casa.

Se limitó a dejarse ver en el umbral.

Desde allí lanzó un poderoso rugido.

Howard Forrest y Bill Drescher se revolvieron de nuevo como centellas.

Descubrieron al monstruoso ser.

Evidentemente, tampoco ellos esperaban que tuviera aquella forma.

Una forma demasiado humana.

Esto les desconcertó un poco.

El horrible ser aprovechó aquellos segundos de indecisión de los policías para dar un ágil salto hacia su izquierda

—¡Fuego, Bill! —rugió Forrest, reaccionando.

Los dos le dieron al gatillo.

Pero le dieron tarde.

Cuando las balas cruzaron por el hueco de la puerta, el monstruoso ser ya había desaparecido.

—¡Alto, Bill! —ordenó Forrest, sujetando el brazo diestro de su ayudante.

Drescher interrumpió los disparos.

—No malgastemos balas, Bill —masculló Forrest—. Sospecho que eso es lo que quiere el monstruo.

—¿Monstruo...? —repitió Drescher.

—Sí, esa es la palabra que mejor le define. Ni animal, ni fiera, ni bestia. ¿No te has fijado en su forma...? Parece un hombre. Horriblemente deformado, eso es verdad; pero un hombre. Y piensa también como un hombre. El truco de la ventana..., lo de dejarse ver un instante en la puerta... Un animal no puede ser tan listo. Es un hombre, Bill. Con pelo de animal, con dientes de animal, con uñas de animal, pero un hombre.

—¿Y cómo ha podido transformarse en...?

—Por el momento es todo un misterio.

Forrest y Drescher guardaron silencio.

La bestia, el animal, la fiera, el hombre víctima de una horrible mutación, o lo que fuera realmente aquel espantoso ser, continuaba fuera.

Se le oía desplazarse.

Howard Forrest preguntó:

—¿Cuántas balas te quedan?

Drescher lo miró.

—Sólo una, teniente —suspiró.

—A mi me quedan dos.

—No es mucho, ¿verdad?

—No. es más bien poco. No podemos fallar ni un solo disparo más.

—¿Por qué no salimos, teniente? —Sugirió Drescher—. Es mejor sorprender al monstruo que dejarse sorprender por él.

—Tal vez sea eso lo que él quiere, que salgamos de la casa. Y, si es así, los sorprendidos seríamos nosotros, no lo dudes.

—¿Qué hacemos, entonces?

Howard Forrest observó a su alrededor.

—Por el momento, seguiremos aquí. Es la casa de un cazador. Y un cazador tiene armas. Mejores que las que nosotros empuñamos en estos momentos.

Drescher respingó.

—¡Diablos, no se me había ocurrido, teniente!

—Vamos, Bill. Hemos de encontrar las armas de caza de Ernest McCowan. Con ellas podremos hacer frente al monstruo con más posibilidades de éxito.

Forrest y Drescher retrocedieron.

Sin perder de vista la abierta puerta ni la destrozada ventana.

El monstruo podía surgir de un momento a otro.

No tardaron en encontrar las armas de Ernest McCowan.

Estaban guardadas en un armario de puertas de cristal.

Dos magnificas escopetas, dos rifles, una carabina...

Y abundante munición.

—¡Qué arsenal, teniente! —exclamó Drescher, sin poder contener su alegría.

—¡No alces la voz! —Ordenó Forrest—. El monstruo puede oírnos, y si sabe que vamos a hacerle frente con las armas de McCowan, es posible que huya.

—Tiene razón, teniente.

Forrest abrió silenciosamente el armario y tomó uno de los rifles, el cual entregó a su ayudante, tomando seguidamente el otro.

—Comprueba si está cargado —indicó Forrest.

Drescher lo hizo.

—Lo está, teniente. Y bien cargado.

—El mío también.

—Ya puede prepararse el monstruo, pues —sonrió Drescher.

—Vamos por él sonrió también Forrest.

Avanzaron los dos hacia la puerta.

—Tengo una idea, Bill.

—Soy todo oídos, teniente.

—Vamos a salir, pero uno por la puerta y el otro por la ventana. Saltaremos a un tiempo y rodaremos unos metros por el suelo. El monstruo no podrá atacarnos a los dos. O mucho me equivoco, o quedará unos segundos indeciso, sin saber a cuál de los dos atacar. Y esos segundos tenemos que aprovecharlos nosotros para disparar sobre él.

—Me gusta el plan, teniente.

—Salta tú por la ventana, Bill.

—De acuerdo.

Drescher fue hacia la ventana, el rifle fuertemente empujado.

A una indicación de Forrest, se lanzaron los dos de cabeza al exterior.

Apenas tocar el suelo, rodaron velozmente por él.

Todo salió como Howard Forrest había predicho.

H monstruo les esperaba, sí; pero no supo a cuál de los dos atacar primero.

Se dio cuenta, además, de que los policías, en lugar de sus revólveres de calibre 38, empuñaban ahora sendos rifles.

Optó por huir.

Velozmente.

Por entre los árboles.

—¡Allá va, Bill! —rugió Howard Forrest, apuntando va con su rifle al monstruo.

Bill Drescher le apuntó también con el suyo.

Abrieron fuego los dos.

Simultáneamente.

Mandando plomo en cantidad.

Alguna de las balas debió alcanzar al monstruo, pues éste lanzó un bramido de dolor y rodó sobre la nieve.

Pero rodó tanto, que desapareció de la vista de Forrest y Drescher.

Este se irguió de un salto y exclamó:

—¡Le dimos, teniente!

—¡Vamos a comprobarlo, Bill! —indicó Forrest, poniéndose en pie de un brinco.

Echaron a correr los dos hacia el lugar donde había caído, aparentemente herido, el horripilante ser.

CAPITULO XI

Al llegar allí, se llevaron una tremenda sorpresa.

El monstruo había desaparecido.

—¡Se esfumó, teniente! —exclamó Drescher.

—Sí, eso parece —masculló Forrest—, Pero estabas en lo cierto, Bill. Le dimos. Hay manchas de sangre en la nieve —las señaló con el cañón del rifle.

—Estando herido no podrá llegar muy lejos.

—Depende de cómo sea la herida. Puede ser grave, y debilitarse rápidamente, o poco importante, y no hacer nidia en él.

—De cualquier modo, el monstruo dejará un rastro de sangre. ¿Vamos tras él, teniente?

—Desde luego.

Se pusieron los dos en movimiento.

—Mantén los ojos bien abiertos, Bill —aconsejó Forrest—. El monstruo ya ha dado sobradas muestras de lo astuto y peligroso que es. Puede estar esperándonos oculto en algún lugar, y caer sobre nosotros repentinamente.

—Mis ojos serán dos faros, teniente —repuso Drescher.

Siguieron avanzando.

Despacio.

Con todos los sentidos alerta.

El rastro que dejaba el monstruo era fácil de seguir, aun de noche.

Habían caminado ya bastantes metros, cuando de pronto Howard Forrest se detuvo y dijo:

—Un momento, Bill.

—¿Ha descubierto algo, teniente? —preguntó Drescher.

—El rastro de sangre.

—¿Qué pasa con él?

—Nos está obligando a dar un amplio rodeo. ¿No te has dado cuenta?

—No, pero ahora que usted lo dice... Si, es verdad, teniente. Estamos dando un amplio rodeo. Si seguimos así, volveremos a la casa de Ernest McCowan.

—Puede que el monstruo ya esté en ella.

—¿Qué?

—¡Regresemos, Bill! ¡De prisa! —indicó Howard Forrest, echando a correr.

Bill Drescher le dio a las piernas también.

Súbitamente se oyó el rugir del motor de un coche. Forrest y Drescher se detuvieron un instante.

—¡Es nuestro coche, Bill! —exclamó Forrest.

—¿Es posible que el monstruo haya sido capaz de...?

—¡Me temo que sí, Bill! ¡Corramos!

Movieron de nuevo las piernas.

Con toda la rapidez, de la que eran capaces.

Cuando divisaron la casa de Ernest McCowan, su automóvil ya se alejaba de ella.

¡Conducido por el monstruo!

¡Y muy expertamente, además!

Howard Forrest y Bill Drescher se quedaron clavados. El segundo, además, boquiabierto.

Denotando la mayor perplejidad.

El más absoluto estupor.

Y es que no podía creer lo que sus dilatados ojos estaban viendo.

Howard Forrest se echó el rifle a la cara.

—¡Dispara a las ruedas, Bill! —ordenó, practicando con el ejemplo.

Bill Drescher levantó el rifle y accionó el gatillo.

Pero el coche estaba ya a mucha distancia, y ninguno de los proyectiles alcanzó el objetivo.

El automóvil desapareció

Forrest y Drescher bajaron los rifles.

Lentamente.

—¿No estaremos, soñando, teniente? —murmuró Drescher.

—No, estamos despiertos, Bill.

—¡Una bestia salvaje conduciendo un automóvil!

—Eso confirma mi teoría de que no se trata de una bestia salvaje, sino de un hombre. Y, lógicamente, puede hacer todo lo que hacía antes de sufrir era horrible y misteriosa mutación.

Drescher lanzó un suspiro.

—Bien. ¿Qué hacemos ahora, teniente? ¿Cómo seguir a ese Fittipaldi peludo?

—Es evidente que necesitamos otro coche.

—¿Y quién nos lo presea?

—Van Kennedy. O Alice Barton. Sui casas no quedan lejos de la de Ernest McCowan.

—A propósito de Ernest McCowan... ¿No se encontrará hecho pedazos en algún rincón de su casa?

—Esperemos que no, Bill. Vamos, daremos un vistazo. Y, de paso, recargaremos los rifles. Hemos gastado muchos cartuchos.

Forrest y Drescher trotaron hacia la casa del cazador y penetraron de nuevo en ella.

Revisaron todas las habitaciones con rapidez.

Ernest McCowan no se encontraba en ella, ni vivo ni muerto.

—Debe continuar en Salton Rock —dijo Forrest.

—Fue una gran suerte para él no encontrarse en la casa, cuando el monstruo le visitó, ¿no cree, teniente? —comentó Drescher.

—Sin duda.

—¿Y por qué no lo destrozaría todo el monstruo, si no encontró victima alguna?

—Tal vez fue eso lo que le enfureció, Bill.

—¿Estaría el monstruo esperando el regreso del cazador?

—Es posible.

—¿Adónde cree que se dirigirá ahora?

—¿El monstruo?

—Sí.

—Se llevó el coche para huir con más rapidez de nosotros y, al propio tiempo, impedir que pudiéramos seguirle. Pero no creo que vaya muy lejos con él. Lo abandonará en algún lugar y buscará un refugio seguro para él. Una cueva, o algo así.

Drescher dio un suspiro.

—Bien. Al menos por esta noche no seguirá matando. Algo hemos conseguido.

—No podemos estar seguros de eso. Bill. Por eso tenemos que encontrarle y acabar con él. Vamos en busca de ese coche que necesitamos —indicó Forrest.

* * *

Alice Barton paseaba inquieta por el recibidor de su casa. Con la escopeta de su padre en las manos.

Había temor en su bonito rostro.

Y era un temor plenamente justificado.

Había oído aullido de lobos.

Idénticos a los de la noche pasada.

Y eso sólo podía significar una cosa: que la poderosa bestia salvaje que dio muerte a Florence Kennedy y Allen Oland, la noche anterior, estaba cerca.

Para colmo, había escuchado disparos.

El primero ya hacía rato.

El resto, bastantes, hacia sólo unos minutos.

No podía asegurarlo, pero le pareció que el primer disparo sonaba en casa de Van Kennedy, y los demás en la de Ernest McCowan.

Alice había telefoneado a Van Kennedy, pero éste no cogió el teléfono, lo cual acentuó su temor, pues el teniente Forrest le había dicho que Van Kennedy no pensaba abandonar la casa.

Tenía, pues, que estar en ella.

Pero no estaba...

El hecho de que no respondiese al teléfono lo demostraba.

Alice hubiera querido llamar también a Ernest McCowan, pero éste no tenía teléfono en su casa, así que no pudo hacerlo, y tuvo que seguir con la

incertidumbre.

Transcurrieron algunos minutos más sin que nada sucediera.

De pronto, Alice percibió un ruido en el exterior.

Quedó rígida.

Tensa.

Con la respiración contenida.

Apretó con fuerza la escopeta, cuyos cañones dirigió hacia la puerta.

Aguzó el oído al máximo.

Un par de segundos después, escuchaba otro ruido.

Y casi en seguida, otro.

Alice pudo identificarlos.

¡Eran pisadas!

¡Alguien se aproximaba a la casa!

CAPITULO XII

Alice Barton notó un fallo cardíaco.

Retrocedió.

Aterrada.

Jamás pensó que pudiera sentir tanto miedo.

Empezó u arrepentirse de no haber hecho caso al teniente Forrest.

Debió abandonar la casa.

Trasladarse a Salton Rock.

Demasiado tarde comprendía que el teniente Forrest tenía razón.

Ahora se veía en la necesidad de hacer frente a la fiera asesina.

Sola.

Con la única ayuda de su escopeta.

Seguía oyendo pisadas.

El índice diestro de Alice se curvó temblorosamente sobre el gatillo.

Y el dedo no era lo único que le temblaba.

Todo su cuerpo, desde la cabeza a los pies, parecía conectado a la corriente eléctrica.

De pronto, las pisadas cesaron.

El sangriento animal ya estaba delante de la puerta.

Tendría que derribarla, si quería entrar en la casa, pues el cerrojo estaba echado.

Pero la fiera no embistió contra la puerta.

Se limitó a pulsar el timbre.

Como si se tratara de una persona.

El timbrazo estremeció profundamente a Alice Barton, porque era lo último que esperaba oír en aquellos dramático^ momentos.

Un par de segundos después, sin embargo, la muchacha se tranquilizaba.

Sí.

Qué toma habla sido.

No era la bestia asesina, sino el teniente Forrest y el sargento Drescher que regresaban.

A la llera jamás se le hubiera ocurrido pulsar el timbre.

Ni siquiera sabía lo que era.

Alice, muy confiada, se aproximó a la puerta.

En el instante en que iba a descorrer el cerrojo, reparó en algo que le hizo dar un respingo.

¡Ella no había oído llegar ningún coche!

¡Y el teniente Forrest y el sargento Drescher se habían ido en el suyo!

Nuevamente aterrorizada, Alice Barton pegó un salto hacia atrás.

Apuntó con la escopeta hacia la puerta y, con trémula voz, inquirió:

—¿Quién... quién es?

—¡Somos nosotros, Alice! —respondió una voz masculina.

La muchacha cerró un instante los ojos y soltó todo el aire que almacenaban sus pulmones.

¡Era la voz del teniente Forrest!

Alice se abalanzó sobre la puerta y descorrió el cerrojo, abriendo a continuación.

—¡Teniente Forrest! —exclamó, y se arrojó en sus brazos.

Howard Forrest la estrechó, a la vez que miraba a ayudante, como preguntándole: «¿A qué vendrá esto, Bill...?»

Bill Drescher encogió ligeramente los hombros.

También él parecía muy sorprendido.

—¡Gracias a Dios que llegaron ustedes, teniente Forrest! —dijo Alice, sin separarse de él.

—¿Ha ocurrido algo, Alice?

—¡Muchas cosas!

—Entremos y nos lo contará —sugirió Forrest.

Alice se soltó al fin del teniente y éste y su ayudante pudieron entrar en la casa.

Drescher cerró la puerta.

Forrest se fijó en el rostro de la muchacha.

—Está usted muy pálida, Alice...

—¡Lo que no sé es cómo no me he muerto de pánico!

—exclamó ella.

—¿Qué ha pasado?

Alice les habló de los aullidos de lobo, tan extraños como de la noche anterior.

Y de los disparos.

Y de que Van Kennedy no respondía al teléfono.

Y, finalmente, les contó que ella, al oír sus pasos, había creído que se trataba de la bestia asesina y se había llenado de terror.

—¿Qué han hecho con su coche? ¿Por qué no han venido con él? —inquirió la joven.

—Nos lo birló el monstruo —respondió Drescher.

—¿Qué? —pestañeó Alice.

—Luego se lo explicaremos, Alice —dijo Forrest—. Ahora tenemos que ir a casa de Van Kennedy.

—¿Teme usted qué...?

—Sí, Alice —asintió gravemente Forrest.

—¡Dios mío! —gimió la muchacha, sintiendo un escalofrío.

—¿Tiene usted coche, Alice?

—Sí.

—¿Qué clase de coche?

—Un «Land-Rover».

—Magnífico. Deme las llaves.



Alice fue por ellas, regresando medio minino después.

—Aquí las tiene.

—Gracias. Está guardado en el garaje, ¿verdad?

—Sí.

—Vamos, Hill.

—Un momento, teniente —rogó Alice.

Forrest se detuvo y miró a la joven.

—¿Si, Alice...?

—Me gustaría ir con ustedes.

—No, es mejor que se quede aquí. Si el mons... si la fiera atacó a Van Kennedy, El espectáculo será de lo más desagradable. No creo que lo soportara usted, Alice.

La muchacha entrecerró los ojos.

—El sargento Drescher llamó monstruo a ese animal asesino, y usted también iba a llamarle así, aunque rectificó a tiempo... ¿Por qué le llaman monstruo, teniente?

Forrest y Drescher cambiaron una mirada.

El primero prometió:

—Luego la informaremos con detalle, Alice. Ahora no hay tiempo. En marcha, Bill.

Los dos policías salieron de la casa.

—Cierre y eche el cerrojo, Alice —Indicó Forrest.

La muchacha obedeció.

Forrest abrió el garaje y él y Drescher penetraron en él.

Subieron al «Land-Rover» de Alice.

Howard Forrest lo puso en marcha y lo sacó del garaje, dirigiéndolo hacia la casa de Van Kennedy.

* * *

Alice Barton oyó cómo se alejaba su «Land-Rover». Sintió una extraña sensación al verse de nuevo sola en la casa.

Bueno, no tan extraña.

Era una sensación muy parecida al miedo.

Y miedo ya lo había sentido poco ames.

Auténtico miedo.

Sin duda todavía lo llevaba metido en el cuerpo y, al marcharse el teniente Forrest y el sargento Drescher, afloraba de nuevo.

Comenzó a pasear nerviosamente por el recibidor.

Con la escopeta en las manos.

Súbitamente, percibió un ruido en el exterior.

Alice se detuvo en el acto.

De nuevo quedó rígida.

Tensa.

Con la respiración contenida.

Apretó con fuerza la escopeta y dirigió sus cañones hacia la puerta.

Transcurrieron unos segundos en el más absoluto silencio. De pronto, se escachó un gruñido.

Sordo.

Escalofriante.

Alice Barton sintió que se le ponía la carne de gallina. Que le flaqueaban las rodillas.

Que el corazón le daba grandes saltos en el pecho, como si buscara una salida por la que poder escapar.

Y aún sintió más cosas.

Tocias ellas provocadas por el intenso terror que de pronto la había invadido.

¡Estaba allí!

¡La bestia salvaje estaba allí!

¡Muy cerca de la casa!

La escopeta tembló en las manos de la muchacha.

Alice quiso sujetarla con fuerza, pero sus dedos estaban tan rígidos que apenas podía moverlos.

¡Daba la horrible sensación de que no eran suyos! Súbitamente, resonó otro gruñido.

Más profundo.

Más estremecedor.

Más próximo...

Alice Barton se sintió desfallecer de pánico cuando vio que el pomo de la puerta empezaba a girar.

Suave y silenciosamente.

Como accionado por una mano humana.

Alice retrocedió un paso.

Estuvo a punto de caerse, pues tenía las piernas corno dormidas.

El pomo acabó de girar totalmente.

El cerrojo impidió que la puerta se abriera.

La fiera asesina, contrariada, lanzó un rugido y embistió contra la puerta.

La hoja de madera se estremeció.

El cerrojo tembló.

No tardaría en saltar.

Alice Barton estaba tan aterrorizada, que dudaba mucho que pudiera usar su escopeta contra el feroz animal.

No.

No tendría fuerzas para apretar el gatillo.

Hasta era posible que la pesada arma le cayera al suelo cuando se viera frente a frente con la bestia salvaje.

Absolutamente convencida de que no sería capaz de abatir a tiros al

sanguinario animal, Alice retrocedió.

Hacia el living.

En busca del teléfono.

Caminaba tan torpemente, que se cayó un par de veces. No obstante, consiguió levantarse y llegar hasta el teléfono.

Dejó la escopeta sobre la pequeña mesa del living, descolgó el auricular y marcó nerviosamente el número de Van Kennedy.

Pidió fervorosamente a Dios que el teniente Forrest y el sargento Drescher se encontrasen allí.

Aun así, no sabía si llegarían a tiempo de impedir que la fiera la despedazase.

Hasta sus oídos llegaban los golpes que propinaba la bestia a la puerta.

Esta debía estar a punto de ceder.

Y cedió.

Alice no podía ver la puerta desde el living, pero lo adivinó por el ruido que produjo al recibir la última embestida del animal.

—¡Teniente Forrest...! —chilló, horrorizada.

Lo hizo inconscientemente.

Howard Forrest no había respondido aún a su llamada.

No podía oírla.

Repentinamente, el horroroso ser apareció en la puerta del living.

Erguido.

Poderoso.

Amenazante.

El corazón de Alice se paró un instante.

El teléfono le resbaló lentamente de la mano y cayó al suelo.

Con ojos desmesuradamente abiertos, llenos de horror, observó al espeluznante ser.

Ahora comprendía por qué el teniente Forrest y el sargento Drescher le llamaban monstruo.

Era la expresión más correcta.

El espantoso ser dio una poderosa zancada y penetró en la estancia.

Entonces, Alice hizo lo que unos minutos antes estaba absolutamente segura de que no podría hacer.

Tomó velozmente la escopeta, apuntó al monstruo, y apretó el gatillo.

El horroroso ser saltó hacia su derecha en el instante justo y no resultó alcanzado por el disparo.

A Alice se le escapó un gritito al ver que había errado el disparo.

Inmediatamente encañonó de nuevo al monstruo y accionó el gatillo por segunda vez.

El horripilante ser hizo nuevamente gala de una agilidad envidiable y esquivó el segundo disparo.

A Alice se le escapó otro gritito.

Había gastado los dos cartuchos.

La encopeta ya no le servía para nada.

El monstruo avanzó hacia ella.

Alice retrocedió.

Su espalda topó casi en seguida contra la pared.

Enarboló la escopeta, dispuesta a descargarla sobre la cabeza del monstruo, aunque sabía que no lograría mucho con ello.

El aterrador ser seguía acercándose a ella.

Ya estaba muy próximo.

Al alcance de su escopeta.

Alice la dejó caer de pronto, con todas sus fuerzas, que eran más de las que ella misma creía poseer.

El monstruo apartó la cabeza a tiempo y la culata del arma se estrelló contra su hombro, donde no pareció hacerle mucho daño.

Alice quiso propinarle un segundo golpe, pero el monstruo le arrebató la escopeta de un furioso zarpazo y la partió en dos con pasmosa facilidad.

Alice ya no podía hacer nada más.

Si acaso, gritar.

Y eso fue lo que hizo.

De forma desgarradora.

Cerró los ojos apretadamente, para no ver cómo el monstruo la atrapaba con sus poderosas garras.

Esa fue la razón de que tampoco viera aparecer en el hueco de la puerta al teniente Forrest y al sargento Drescher.

Estos hicieron funcionar los rifles sin perder un segundo.

El estruendo de los disparos no consiguió ahogar el bramido de dolor que lanzó el monstruo al recibir los impactos.

El horrible ser se revolvió furiosamente y fue hacia los policías, olvidándose de la aterrada Alice.

Howard Forrest y Bill Drescher siguieron gatilleando frenéticamente.

El monstruo, sin embargo, no se derrumbaba.

Era increíble.

Tenía el cuerpo acribillado a balazos y seguía en pie, dando unos rugidos espantosos.

Forrest y Drescher se vieron obligados a retroceder, pues el monstruo se les echaba encima.

Afortunadamente, no llegó a cruzar la puerta.

Se derrumbó allí mismo, en el umbral del living, pesadamente.

Se agitó unos segundos en el suelo.

Luego, quedó inmóvil.

Sobre un gran charco de sangre.

Howard Forrest saltó por encima del monstruo y corrió hacia Alice Barton, la cual estaba a punto de desvanecerse.

La sostuvo, pasándole el brazo por la cintura.

—Alice.

La muchacha boqueó, pero no consiguió articular palabra.

Cerró los ojos, húmedos, y se abrazó a él apretadamente.

Howard Forrest la oprimió contra su pecho.

—Tranquilícese, Alice. Ya ha pasado todo. Cuando sonaron los disparos, el sargento Drescher y yo ya veníamos a toda prisa hacia aquí. El teléfono de Van Kennedy, a quien, como nos temíamos, hallamos muerto, sonó, pero cuando lo descolgué, nadie respondió. Era usted quien llamaba, ¿verdad?

—Sí... —musitó la joven—. El monstruo apareció y...

De pronto, Bill Drescher chilló:

—¡Teniente Forrest!

Howard Forrest soltó bruscamente a Alice y se volvió, temiendo que el monstruo se hubiera levantado.

Pero no.

El monstruo continuaba tendido en el suelo.

Rígido e inmóvil.

Muerto.

Pero estaba ocurriendo algo asombroso.

Difícil de creer si uno no lo presenciaba con sus propios ojos.

¡El monstruo estaba sufriendo una profunda mutación!

En menos de treinta segundos, se convirtió en un hombre normal y corriente, sin aquellas alfombras de gruesos pelos color pardo oscuro, sir, los terroríficos colmillos, sin las afiladas uñas...

Howard Forrest, Alice Barton y Bill Drescher, permanecieron callados mucho tiempo, sin poder apartar sus asombrados ojos del cuerpo desnudo, ensangrentado y sin vida, del hombre.

Un hombre fuerte y robusto.

Fue Howard Forrest quien quebró el largo silencio, inquiriendo:

—¿Lo conoce, Alice?

La joven asintió con la cabeza.

—Es... es Ernest McCowan...

EPÍLOGO

Dos días después, Alice Barton recibía la visita de Howard Forrest y Bill Drescher.

—¡Teniente Forrest...! ¡Sargento Drescher...! —exclamó, radiante de alegría.

—¿Qué tal está, Alice? —sonrió Forrest.

—¡Estupendamente! ¿Y ustedes...?

—Nosotros también —respondió Drescher.

—¡Pasen, no se queden ahí! —invitó la muchacha.

El teniente Forrest y su ayudante penetraron en la

—Supongo que se quedarán a cenar, ¿no? —dijo Alice.

—Si nos invita... —repuso Drescher.

—¿Acaso lo duda, sargento Drescher? Vamos, dejen aquí sus chaquetones y pasemos al living.

Instantes después, se hallaban los tres en la confortable estancia, cómodamente sentados.

—Díganme, teniente Forrest —rogó Alice—. ¿Se sabe ya qué fue lo que provocó la espantosa mutación de Ernest McCowan?

—Con exactitud, no. Pero todo hace suponer que fueron las mordeduras de aquel lobo tan grande y tan fiero. El animal debía poseer alguna extraña enfermedad, y la transmitió a Ernest McCowan. Pocos días después, el cazador sufría esa horrible mutación y sentía un insaciable deseo de matar, de destruirlo todo... Indujo los muebles de su casa, destrozó.

Alice Barton bajó la cabeza.

—Pobre Ernest...

Howard Forrest y Bill Drescher se mantuvieron en silencio.

De pronto, Alice se levantó y dijo:

—Me voy a la cocina, a preparar la cena. Ya les avisaré cuando esté dispuesta. Si les apetece beber algo, allí tienen el mueble. Sírvanse ustedes mismos.

La muchacha abandonó el living.

Bill Drescher se puso en pie.

—Ahora es la mía, teniente.

—Suerte. Bill —deseó Forrest, sonriendo.

—Me temo que voy a necesitarla... —murmuró Drescher, y salió del living.

Fue directamente a la cocina.

Allí estaba Alice, atándose un delantal.

—Sargento Drescher... —pronunció, extrañada, al verlo entrar en la cocina.

Bill Drescher carraspeó.

—Quisiera preguntarle algo. Alice.

—¿Qué quiere preguntarme?

—¿Es cierto que a usted le gustan los hombres rubios, delgados, y no excesivamente altos?

—Bueno, no me disgustan... —sonrió Alice—. Pero a mí, los que realmente me chiflan, son los tipos morenos, de hombros robustos y elevada estatura.

—¿Algo así como el teniente Forrest...?

Las pupilas de Alice brillaron.

—Sí, algo así.

—Lo que yo me suponía... —suspiró Drescher, rascándose la patilla.

—¿Qué es lo que usted se suponía, sargento?

—Que a usted le gusta el teniente Forrest.

—¿Cómo lo adivinó?

—Entiendo mucho de mujeres.

—Ya.

—Bueno, voy a decírselo al teniente Forrest.

Alice respingó.

—¿Qué es lo que va a decirle?

—Que yo no tengo nada que hacer con usted. Si no es tonto, y yo sé que no lo es, entenderá que él es el único que tiene posibilidades de hacer algo con usted.

—A lo mejor no quiere hacer nada.

—¿Por qué dice eso?

—Al teniente Forrest no parecen interesarle demasiado las mujeres.

—Se equivoca, Alice. Lo que sucede es que tiene un gusto muy especial. Y usted le gustó desde el primer momento.

Alice pareció alegrarse mucho.

—¿Se lo ha dicho él?

—Sí.

—Pues debió decírmelo a mí en vez de a usted, ¿no le parece?

—Como usted le dijo que le gustaban rubios, delgados, y no tan altos como él...

—Para picarle, sólo por eso. Y hablando de picar... ¿No quiere unos ajos crudos, para su reúma?

—¡Oh, no! —exclamó Drescher, y salió de la cocina disparado.

Alice rió con ganas.

Un par de minutos después, Howard Forrest entraba en la cocina.

—Hola, Alice.

—Hola, teniente.

—El sargento Drescher me ha dicho que...

—¿Qué le ha dicho el sargento Drescher?

—Que le ha dado usted calabazas.

—Miente.

—¿Eh?

—¿Cómo iba a darle calaban, si no se me declaró?

—¿Seguro que no?

—Se limitó a insinuarme algo, pero muy levemente.

—El sargento Drescher es un tipo muy despierto. Si no le habló con más claridad, es porque intuía que usted no le aceptaría.

—Es cierto, no le hubiera aceptado.

—¿Por qué?

Porque no estoy enamorada de él, sencillamente.

—Es rubio, delgado, y no demasiado alto...

—Sí.

—¿No le gustaban a usted así los hombres?

—Hasta hace dos días, si.

—¿Cómo le gustan ahora?

Pelirrojos, bajitos, y a poder ser, con un poco de joroba.

Howard Forrest abrió la boca.

—Alice, usted me está tomando el pelo...

—Vaya, menos mal que se da cuenta de algo.

—¿Cómo dice?

—Yo no he dicho nada.

Forrest dio un paso y la tomó por la cintura.

—¿Qué hace usted, teniente...? —exclamó Alice, simulando sorpresa.

—Me gusta usted, Alice.

—¿También a usted...?

—A mí, más que a Bill.

—Oh, pues me siento muy halagada. Y un poco apretada, también... ¿Por qué no...?

Alice Barton no pudo seguir hablando, porque Howard Forrest ya la estaba besando en los labios, con auténtica pasión, al tiempo que la abrazaba con fuerza.

Cuando separaron sus bocas, el policía la miró a los ojos y preguntó:

—¿Quiere casarse conmigo, Alice?

Alice Barton sonrió maravillosamente y respondió:

—Ya le dije que a mí no me importaría casarme con un policía, teniente Forrest. Y fue una indirecta, si señor —confesó, y ahora fue ella quien buscó los labios de él.

Volvieron a besarse.

Larga y profundamente.

FIN